
Colección El Libro Viajero
LEWIS CARROLL
Alicia en el país de las Maravillas
WIFI
DIGITAL PRESS

Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas

Lewis Carroll

1865



LAS AVENTURAS DE ALICIA

EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

POR

LEWIS CARROLL.

CON CUARENTA Y DOS ILUSTRACIONES

POR JOHN TENNIEL.

En Londres:

MACMILLAN AND CO.

1866.

¿QUIÉN ROBÓ LAS TARTAS?

LAS PRUEBAS DE ALICIA.



CAPÍTULO I

EN LA MADRIGUERA DEL CONEJO

ALICIA empezaba a estar muy cansada de estar sentada junto a su hermana en la orilla, y de no tener nada que hacer: una o dos veces se había asomado al libro que su hermana estaba leyendo, pero no tenía dibujos ni conversaciones. "¿Y para qué sirve un libro -pensó Alicia- sin dibujos ni conversaciones?"

Así que estaba considerando en su propia mente, (tan bien como podía, ya que el día caluroso la hacía sentir muy somnolienta y estúpida,) si el placer de hacer una cadena de margaritas valdría la pena de levantarse y recoger las margaritas, cuando de repente un conejo blanco con ojos rosados corrió cerca de ella.

No había nada *muy* notable en ello; ni tampoco le pareció a Alicia *muy* fuera de lugar oír al Conejo decirse a sí mismo: "¡Oh, querido! ¡Oh, cielos! Llegaré demasiado tarde!" (cuando lo pensó después, se le ocurrió que debería haberse extrañado de ello, pero en aquel momento todo le pareció muy natural;) pero cuando el conejo *sacó un reloj de la bolsa del chaleco*, lo miró y se apresuró a seguir adelante, Alicia se puso en pie, pues le vino a la mente que nunca antes había visto un conejo con una bolsa de chaleco ni con un reloj para sacar de ella, y, ardiendo de curiosidad, corrió por el campo tras él, y llegó justo a tiempo para verlo meterse en una gran madriguera bajo el seto.

Al momento bajó Alicia tras él, sin pensar ni una sola vez en cómo iba a salir de nuevo.

La madriguera seguía en línea recta como un túnel durante un trecho, y luego se sumergía repentinamente hacia abajo, tan repentinamente que Alicia no tuvo ni un momento para pensar en detenerse antes de encontrarse cayendo por lo que parecía ser un pozo muy profundo.

O el pozo era muy profundo, o ella cayó muy lentamente, porque tuvo mucho tiempo mientras bajaba para mirar a su alrededor y preguntarse qué iba a pasar a continuación. Primero trató de mirar hacia abajo y ver a qué venía, pero estaba demasiado oscuro para ver nada; luego miró a los lados del pozo y se dio cuenta de que estaban llenos de armarios y estanterías: aquí y allá vio mapas y cuadros colgados en pinzas. Al pasar cogió un tarro de uno de los estantes con la etiqueta "MERMELADA DE NARANJA", pero, para su gran decepción, estaba vacío: no quería dejar caer el tarro por miedo a matar a alguien que estuviera debajo, así que se las arregló para meterlo en uno de los armarios al pasar

“¡Bueno!", pensó Alicia para sí misma, "después de una caída como ésta, no temeré caer por las escaleras! ¡Que valiente me considerarán todos en casa! No diría nada al respecto, aunque me cayera desde lo alto de la casa". (Lo cual era muy probable que fuera cierto).

Abajo, abajo, abajo. ¡La caída *nunca llegaría a su fin*! "Me pregunto cuántos kilómetros habré caído a estas alturas", dijo en voz alta. "Debo estar acercándome al centro de la tierra. Veamos: eso sería cuatro mil millas de caída, creo..." (porque, como ves, Alicia había aprendido varias cosas de este tipo en sus lecciones en el aula, y aunque esta no era una *muy* buena oportunidad para demostrar sus conocimientos, ya que no había nadie para escucharla en, aún así era una buena práctica para decirlo) "-Sí, eso es más o menos la distancia correcta; pero entonces me pregunto a qué Latitud o Longitud he llegado..." (Alicia no tenía la menor idea de lo que era la Latitud, ni tampoco la Longitud, pero pensó que eran bonitas palabras grandilocuentes para decir).

Al poco tiempo comenzó de nuevo. "¡Me pregunto si caeré *a través de* la tierra! ¡Qué divertido parecerá salir entre la gente que camina con la cabeza hacia abajo! Los antipáticos, creo..." (se alegró de *que* esta vez no hubiera

nadie escuchando, pues no sonaba en absoluto la palabra adecuada) "-Pero tendré que preguntarles cómo se llama el país, ya sabe. Por favor, señora, ¿es Nueva Zelanda o Australia?" (y trató de hacer una reverencia mientras hablaba, *¡una* elegante *reverencia* mientras caes por el aire! ¿Crees que podrías lograrlo?) "¡Y qué niña ignorante pensarán que soy por preguntar! No, nunca lo preguntaré: tal vez lo vea escrito en alguna parte".

Abajo, abajo, abajo. No había nada más que hacer, así que Alicia pronto empezó a hablar de nuevo. "¡Dinah me echará mucho de menos esta noche, creo!" (Dinah era la gata.) "Espero que se acuerden de su platito de leche a la hora del té. ¡Dinah, querida! ¡Ojalá estuvieras aquí abajo conmigo! Me temo que no hay ratones en el aire, pero podrías cazar un murciélago, y eso es muy parecido a un ratón, ya sabes. Pero me pregunto si los gatos comen murciélagos". Y aquí Alicia empezó a tener bastante sueño, y siguió diciéndose a sí misma, de forma soñadora, "¿Los gatos comen murciélagos? ¿Los gatos comen murciélagos?" y, a veces, "¿Los murciélagos comen gatos?", porque, como no podía responder a ninguna de las dos preguntas, no importaba mucho cómo lo dijera. Sintió que se adormecía, y acababa de empezar a soñar que caminaba de la mano de Dinah, y le decía muy seriamente: "Ahora, Dinah, dime la verdad: ¿te has comido alguna vez un murciélago?", cuando de repente, ¡pum! pum! cayó sobre un montón de palos y hojas secas, y la caída terminó.

Alicia no se sintió herida y se levantó de un salto; miró hacia arriba, pero todo estaba oscuro; ante ella había otro largo pasaje, y el Conejo Blanco seguía a la vista, bajando a toda prisa por él. No había un momento que perder: Alicia se alejó como el viento, y llegó justo a tiempo para oírle decir, al doblar una esquina: "¡Oh, mis orejas y mis bigotes, qué tarde se hace!". Al doblar la esquina, Alicia estaba muy cerca de él, pero el conejo ya no estaba a la vista: se encontró en una sala larga y baja, iluminada por una hilera de lámparas que colgaban del techo.

Había puertas por todo el vestíbulo, pero todas estaban cerradas con llave; y cuando Alicia hubo recorrido todo el camino por un lado y por el otro, probando todas las puertas, caminó tristemente por el centro, preguntándose cómo iba a salir de nuevo.

De repente, se encontró con una mesita de tres patas, toda ella de cristal macizo; no había en ella más que una pequeña llave dorada, y la primera idea de Alicia fue que podría pertenecer a una de puertas del vestíbulo ; pero, ¡ay! o las cerraduras eran demasiado grandes, o la llave era demasiado pequeña, pero en cualquier caso no abriría ninguna de ellas.

Sin embargo, en la segunda vuelta, se encontró con una cortina baja en la que no había reparado antes, y detrás de ella había una puertecita de unos quince centímetros de altura: probó la llavecita de oro en la cerradura, y para su gran alegría encajó.

Alicia abrió la puerta y descubrió que conducía a un pequeño pasillo, no mucho más grande que una ratonera: se arrodilló y miró a lo largo del pasillo hacia el jardín más hermoso que jamás se haya visto.Cómo ansiaba salir de aquel oscuro vestíbulo y pasearse entre aquellos parterres de brillantes flores de y aquellas frescas fuentes, pero no podía ni siquiera pasar la cabeza por la puerta; "y aunque mi cabeza pasara -pensó la pobre Alicia-, de poco serviría sin mis hombros. Oh, ¡cómo me gustaría poder cerrar como un telescopio! Creo que podría, si supiera cómo empezar". Porque, como ves, últimamente habían sucedido tantas cosas fuera de lo común, que Alicia había empezado a pensar que muy pocas cosas eran realmente imposibles.

Parecía inútil esperar junto a la puertecita, así que volvió a la mesa, con la mitad de la esperanza de encontrar en ella otra llave o, en todo caso, un

libro de reglas para encerrar a la gente como si fueran telescopios: esta vez encontró sobre ella una botellita ("que ciertamente no estaba aquí antes", dijo Alicia) y atada al cuello de la botella había una etiqueta de papel, con las palabras "BÉBAME", bellamente impresas en letras grandes.

Estaba muy bien decir "bébeme", pero la sabia pequeña Alicia no iba a hacer *eso* a toda prisa.



No, primero miraré", dijo, "y veré si está marcado '*veneno'* o no", porque había leído varias historias bonitas sobre niños que se habían quemado, y habían sido devorados por bestias salvajes y otras cosas desagradables, todo porque no recordaban las simples reglas que sus amigos les habían enseñado: Por ejemplo, que un atizador al rojo vivo te quemará si lo sostienes demasiado tiempo; y que si te cortas el dedo *muy* profundamente con un cuchillo, suele sangrar; y nunca había olvidado que, si bebes mucho de una botella marcada como "veneno", es casi seguro que te dará un disgusto, tarde o temprano.

Sin embargo, esta botella *no* estaba marcada como “veneno", así que Alicia se aventuró a probarla, y al encontrarla muy agradable (tenía, de hecho, una especie de sabor mixto de tarta de cereza, natillas, piña, pavo asado, toffee y tostadas calientes con mantequilla), se la terminó muy pronto.

***

***

***

"¡Qué sensación tan curiosa!", dijo Alicia; "debo estar cerrando como un telescopio".

Y así fue: ahora sólo medía diez pulgadas, y su rostro se iluminó al pensar que ahora tenía el tamaño adecuado para atravesar la pequeña puerta que daba acceso a aquel precioso jardín. Sin embargo, primero esperó unos minutos para ver si iba a encogerse más: se sintió un poco nerviosa por esto; "porque podría terminar, sabes", se dijo Alicia, "en que me apagara por completo, como una vela. Me pregunto cómo seré entonces". Y trató de imaginar cómo es la llama de una vela después de que se apaga, porque no recordaba haber visto nunca algo

Al cabo de un rato, al ver que no ocurría nada más, decidió salir de inmediato al jardín; pero, ¡ay, para la pobre Alicia! cuando llegó a la puerta, descubrió que había olvidado la llavecita de oro, y cuando volvió a la mesa a buscarla, se encontró con que no podía alcanzarla: la veía perfectamente a través del cristal, y se esforzó por trepar por una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbaladiza; y cuando se cansó de intentarlo, la pobrecita se sentó y lloró.

"¡Venga, no sirve de nada llorar así!", se dijo Alicia a sí misma, con bastante brusquedad; "¡Te aconsejo que lo dejes ahora mismo!".general, se daba a sí misma muy buenos consejos (aunque rara vez los seguía), y a veces se reprendía a sí misma con tanta severidad que se le saltaban las lágrimas; y una vez se acordó de haber intentado golpear sus propias orejas por haberse engañado a sí misma en una partida de croquet que estaba jugando contra sí misma, pues a esta curiosa niña le gustaba mucho fingir ser dos personas. "Pero ahora no sirve de nada", pensó la pobre Alicia, "¡fingir ser dos personas! Apenas me queda lo suficiente para *una* persona respetable".

Pronto sus ojos se fijaron en una cajita de cristal que estaba debajo de la mesa: la abrió, y encontró en ella un pastel muy pequeño, en el que las palabras "CÁMAME" estaban bellamente marcadas con grosellas. "Bueno, me lo comeré", dijo Alicia, "y si me hace crecer, podré alcanzar la llave; y si me hace crecer más pequeño, podré arrastrarme por debajo de la puerta; así que de cualquier manera llegaré al jardín, ¡y no me importa lo que suceda!"

Comió un poco, y se dijo ansiosamente a sí misma: "¿Por dónde? ¿Por dónde?", llevándose la mano a la cabeza para sentir por dónde crecía, y se sorprendió bastante al comprobar que seguía teniendo el mismo tamaño: sin duda, esto es lo que suele ocurrir cuando se come pastel, pero Alicia se había metido tanto en el camino de de no esperar más que cosas fuera de lo común, que le parecía bastante aburrido y estúpido que la vida siguiera por el camino común.

Así que se puso manos a la obra, y muy pronto terminó el pastel.

***

***

***



CAPÍTULO II.

EL CHARCO DE LÁGRIMAS.

"¡MÁS y más curioso!" gritó Alicia (estaba tan sorprendida, que por el momento se olvidó por completo de cómo hablar un buen inglés); "¡ahora me estoy abriendo como el mayor telescopio que jamás haya existido! Adiós, pies!" (porque cuando miró a sus pies, le pareció que estaban casi fuera de la vista, se estaban alejando tanto). Oh, mis pobres piececitos, me pregunto¿quién os pondrá ahora los zapatos y las medias, queridos?segura de que no podré hacerlo. Estaré demasiado lejos para preocuparme por vosotros: debéis arregláros las lo mejor que podáis; pero debo ser amable con ellos -pensó Alicia-, o tal vez no caminen por donde yo quiero ir. Déjame ver: Les regalaré un par de botas nuevas cada Navidad".

Y siguió planeando para sí misma cómo lo haría. "Deben ir por el portador", pensó; "¡y qué gracioso parecerá enviar los regalos a los propios pies! ¡Y qué extrañas parecerán las indicaciones!

El pie derecho de Alicia,

.
Hearthrug,
cerca del Fender,
(con el amor de Alicia.

¡Oh, qué tontería estoy diciendo!"

Justo en ese momento su cabeza chocó contra el techo del vestíbulo: de hecho ahora estaba a más de nueve pies de altura, y de inmediato tomó la pequeña llave de oro y se apresuró hacia la puerta del jardín.

¡Pobre Alicia! Era todo lo que podía hacer, tumbada sobre un lado, para mirar a través del jardín con un ojo; pero pasar era más desesperante que nunca: se sentó y empezó a llorar de nuevo.

"Debería darte vergüenza", dijo Alicia, "una gran chica como tú" (bien podría decir esto), "¡seguir llorando de esta manera! Para ahora mismo, te digo". Pero ella continuó, derramando galones de lágrimas, hasta que hubo un gran charco a su alrededor, de unos diez centímetros de profundidad y que llegaba hasta la mitad del pasillo.

Al cabo de un rato, oyó un pequeño repiqueteo de pies en la distancia, y se secó rápidamente los ojos para ver lo que venía. Era el Conejo Blanco que regresaba, espléndidamente vestido, con un par de guantes blancos de cabritilla en una mano y un gran abanico en la otra: venía trotando a toda prisa, murmurando para sí mismo mientras llegaba: "¡Oh, la Duquesa, la Duquesa! No se pondrá furiosa si la he hecho esperar". Alicia se sentía tan desesperada que estaba dispuesta a pedir ayuda

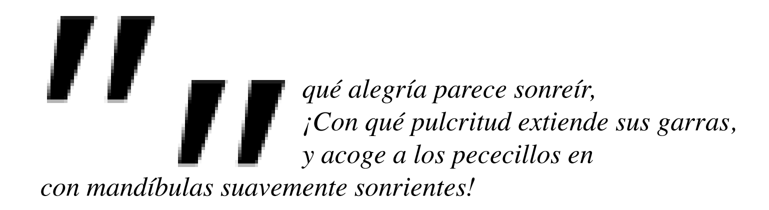


El conejo se sobresaltó violentamente, dejó caer los guantes de seda y el abanico, y se alejó a toda prisa en la oscuridad.

Alicia cogió el abanico y los guantes y, como en la sala hacía mucho calor, no dejó de abanicarse mientras seguía hablando: "¡Querida, querida! ¡Qué extraño es todo hoy! Y ayer todo siguió como siempre. Me pregunto si me habré cambiado durante la noche. Déjame pensar: ¿era yo la misma cuando me levanté esta mañana? Casi creo recordar que me sentía un poco diferente. Pero si no soy el mismo, la siguiente pregunta es. ¿Quién soy yo? Ah, ese *es* el gran rompecabezas". Y se puso a pensar en todos los niños que conocía, que tenían la misma edad que ella, para ver si podía haberse cambiado por alguno de ellos.

"¡Estoy segura de que no soy Ada -dijo-, porque su pelo tiene unos tirabuzones muy largos, y el mío no tiene ningún tirabuzón; y estoy segura de que no puedo ser Mabel, porque yo sé todo tipo de cosas, y ella, ¡oh! sabe tan poco! Además, *ella es* ella, y *yo soy* yo, y... ¡oh, querido, qué desconcertante es todo! Voy a probar si sé todas las cosas que sabía. Veamos: cuatro por cinco son doce, y cuatro por seis son trece, y cuatro por siete son... ¡oh querido! A ese ritmo nunca llegaré a veinte. Sin embargo, la tabla de multiplicar no significa nada: probemos con la geografía. Londres es la capital de París, y París es la capital de Roma, y Roma... ¡no, *eso está* mal, estoy seguro! Me habrán cambiado por Mabel. decir"*Cómo hace el pequeño...*" y cruzó las manos sobre el regazo como si estuviera dando lecciones, y empezó a repetirlo, pero su voz sonaba ronca y extraña, y las palabras no salían como solían hacerlo:-

Cómo el pequeño cocodrilo
Mejora su brillante cola,
¡Y vierte las aguas del Nilo
Sobre cada escama de oro



qué alegría parece sonreír,
¡Con qué pulcritud extiende sus garras,
y acoge a los pececillos en
con mandíbulas suavemente sonrientes!

"¡Estoy segura de que esas no son las palabras correctas", dijo la pobre Alicia, y sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo mientras continuaba, "debo ser Mabel después de todo, y tendré que ir a vivir a esa pequeña casa de mala muerte, y no tener casi ningún juguete para jugar, y ¡oh! tantas lecciones que aprender! No, ya lo he decidido; si soy Mabel, me quedaré aquí abajo. No servirá de nada que bajen la cabeza y digan: "¡Vuelve a subir, querida! Sólo miraré hacia arriba y diré: "¿Quién soy entonces? Díganme eso primero, y luego, si me gusta ser esa persona, subiré; si no, me quedaré aquí abajo hasta que sea otra persona... pero, ¡oh, querida!" gritó Alicia, con un repentino estallido de lágrimas, "¡desearía que *bajaran la cabeza*! Estoy *tan* cansada de estar sola aquí".

Al decir esto, miró las manos y se sorprendió al ver que se había puesto uno de los guantes blancos del Conejo mientras hablaba. "¿Cómo he *podido hacerlo?", *pensó.Me debe estar creciendo el pequeño otra vez". Se levantó y se acercó a la mesa para medirse con ella, y descubrió que, según lo que podía adivinar, medía ahora unos 60 centímetros y seguía encogiendo rápidamente: pronto descubrió que la causa era el abanico que llevaba en la mano, y lo dejó caer apresuradamente, justo a tiempo para salvarse de encogerse del todo.

"¡Ha *sido* una escapada por los pelos!", dijo Alicia, bastante asustada por el repentino cambio, pero muy contenta de encontrarse todavía en existencia; "¡y ahora al jardín!" y corrió a toda velocidad de vuelta a la puertecita: pero, ¡ay! la puertecita estaba cerrada de nuevo, y la llavecita de oro estaba tirada

en la mesa de cristal como antes, "y las cosas están peor que nunca", pensó la pobre niña, "¡porque nunca he sido tan pequeña como esto, nunca! Y declaro que es demasiado malo, que lo es!"

Al pronunciar estas palabras, su pie resbaló y, en otro momento, ¡splash! estaba metida en el agua salada hasta la barbilla. Su primera idea fue que había caído al mar de alguna manera, "y en en ese caso puedo volver en tren", se dijo. (Alicia había estado una vez en su vida a la orilla del mar, y había llegado a la conclusión general de que en cualquier lugar de la costa inglesa se encuentran varias máquinas de baño en el mar, algunos niños cavando en la arena con palas de madera, luego una hilera de casas de alojamiento, y detrás de ellas una estación de



ferrocarril). Sin embargo, pronto se dio cuenta de que estaba en el charco de lágrimas que había llorado cuando tenía nueve pies de altura.

"¡Ojalá no hubiera llorado tanto!", dijo Alicia, mientras nadaba tratando de encontrar la salida."Supongo que ahora me castigarán por ello, ahogándome en mis propias lágrimas. Esos erá algo extraño, sin duda. Sin embargo, todo es extraño hoy".

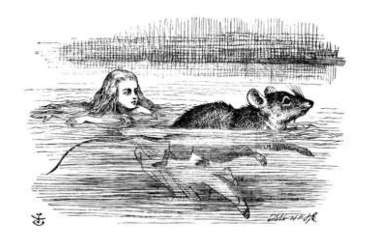
En ese momento oyó que algo chapoteaba en el estanque a poca distancia, y se acercó a nadar para ver qué era: al principio pensó que debía ser una morsa o un hipopótamo, pero luego recordó lo pequeña que era ahora, y pronto comprendió que sólo era un ratón que se había colado como ella.

"¿Serviría de algo, ahora", pensó Alicia, "hablar con este ratón? Todo está tan fuera de lugar aquí abajo, que creo que es muy probable que pueda hablar: en cualquier caso, no hay nada malo en intentarlo". Así que empezó: "Oh, ratón, ¿sabes cómo salir de este estanque? Estoy muy cansada de nadar por aquí, oh ratón". (Alicia pensó que ésta debía ser la forma correcta de hablarle a un ratón: nunca había hecho tal cosa, pero recordaba haber visto en la Gramática Latina de su hermano: “Un ratón-de un ratón-a un ratón-¡O ratón!") El ratón la miró inquisitivamente y le pareció que le guiñaba uno de sus ojitos, pero no dijo nada.

"Tal vez no entienda el inglés", pensó Alicia; "me atrevo a decir que es un ratón francés, venido con Guillermo el Conquistador". (Porque, con todo su conocimiento de la historia, Alicia no tenía una noción muy clara de cuánto tiempo atrás había sucedido algo). Así que empezó de nuevo: "¿Où est ma chatte?", que era la primera frase de su libro de francés. El ratón dio un repentino salto fuera del agua y pareció temblar de miedo. "¡Oh, te pido perdón!", gritó Alicia apresuradamente, temiendo haber herido los sentimientos del pobre animal. "Olvidé que no te gustaban los gatos".

"¡No como los gatos!", gritó el Ratón, con una voz estridente y apasionada. "*¿Te gustarían los gatos* si fueras yo?"

"Bueno, tal vez no", dijo Alicia en tono tranquilizador: "No te enfades por ello. Y sin embargo, me gustaría poder mostrarte a nuestra gata Dinah: creo que te gustarían los gatos si pudieras verla. Es una cosa tan tranquila y querida", continuó Alicia, medio para sí misma, mientras nadaba perezosamente



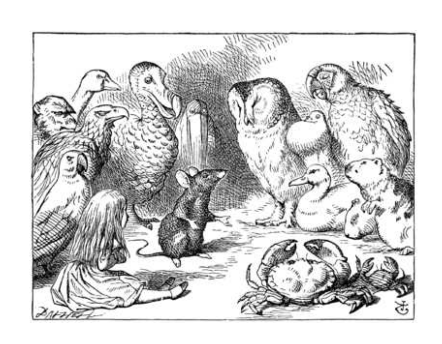
en el estanque, "y se sienta ronroneando tan agradablemente junto al fuego, lamiéndose las patas y lavándose la cara, y es una cosa tan suave y agradable para amamantar, y es tan capital para atrapar ratones... ¡oh, te pido perdón!" gritó Alicia de nuevo, pues esta vez el Ratón estaba erizado por todas partes, y sintió la certeza de que debía estar realmente ofendido. "No hablaremos más de ella si prefieres no hacerlo".

"¡Claro que sí!", gritó el Ratón, que temblaba hasta la punta de la cola. "¡Como si *yo* fuera a hablar de un tema así! Nuestra familia siempre ha *odiado a* los gatos: ¡cosas asquerosas, bajas y vulgares! Que no vuelva a oír ese nombre".

"¡Claro que no!", dijo Alicia, muy apurada por cambiar el tema de conversación. "¿Te gustan los perros?". El Ratón no respondió, así que Alicia continuó con entusiasmo: "¡Hay un perrito muy bonito cerca de nuestra casa que me gustaría enseñarte! Un pequeño terrier de ojos brillantes, ya sabes, con un pelo marrón tan largo y rizado. Y recoge las cosas cuando las tiras, y se sienta y pide su cena, y todo tipo de cosas -no recuerdo ni la mitad- y pertenece a un granjero, ya sabes, y dice que es tan útil que vale cien libras. Dice que mata a todas las ratas y... ¡oh, querida!", exclamó Alicia en tono apenado."¡Me temo que lo he ofendido otra vez!" El ratón se alejaba de ella nadando con todas sus fuerzas y causando una gran conmoción en el estanque.

Así que lo llamó suavemente: "¡Ratón querido! Vuelve otra vez, y tampoco hablaremos de gatos ni de perros, si no te gustan". "Al oír esto, el ratón se dio la vuelta y nadó lentamente hacia ella: su cara estaba muy pálida (de pasión, pensó Alicia), y dijo en voz baja y temblorosa: "Lleguemos a la orilla, y entonces te contaré mi historia, y entenderás por qué odio a los perros y a los gatos".

Ya era hora de irse, porque la piscina se estaba llenando de pájaros y animales que habían caído en ella: había un pato y un dodo, un loro y un aguilucho, y varias otras criaturas curiosas. Alicia se puso a la cabeza y todo el grupo nadó hasta la orilla.



CAPÍTULO III.

UNA CARRERA DE CAUCUS Y UNA LARGA HISTORIA.

El grupo que se reunió en la orilla tenía un aspecto muy extraño: los pájaros con las plumas arrastradas, los animales con el pelaje pegado a ellos y todos mojados, cruzados e incómodos.

La primera pregunta fue, por supuesto, cómo secarse de nuevo: tuvieron una consulta sobre esto, y después de unos minutos le pareció a Alicia muy natural encontrarse hablando familiarmente con ellos, como si los conociera de toda la vida. De hecho, tuvo una larga discusión con el Loro, que al final se puso de mal humor y sólo dijo: "Soy mayor que tú y debo saber más"; y esto Alicia no lo permitió, sin saber cuántos años tenía, y como el Loro se negó rotundamente a decir su edad, no hubo más que hablar.

Por fin el Ratón, que parecía ser una persona de cierta autoridad entre ellos, gritó: "¡Siéntense todos y escúchenme! Pronto os haré secar lo suficiente". Se sentaron todos a la vez, en un gran anillo, con el Ratón en el centro. Alicia mantenía sus ojos ansiosamente fijos en él, pues estaba segura de que se resfriaría si no se secaba muy pronto.

"¡Ejem!", dijo el Ratón con aire de importancia, "¿están todos listos? Esto es lo más seco que conozco. Silencio todos, por favor. 'Guillermo el Conquistador, cuya causa era favorecida por el Papa, fue pronto sometido por los ingleses, que querían líderes, y que habían estado últimamente muy acostumbrados a la usurpación y la conquista. Edwin y Morcar, los condes de Mercia y Northumbria..."

"¡Uf!", dijo el Loro, con un escalofrío.

"¡Perdón!", dijo el Ratón, frunciendo el ceño, pero muy amablemente: "¿Habló usted?"

"¡Yo no!", dijo el Loro apresuradamente.

"Creí que lo habías hecho", dijo el Ratón. 'Edwin y Morcar, los condes de Mercia y Northumbria, se declararon a su favor; e incluso Stigand, el patriótico arzobispo de Canterbury, lo consideró conveniente...'"

"¿Encontrar *qué?", dijo el Pato.

"*Lo encontré*", contestó el Ratón con cierta sorna: "por supuesto que sabes lo que significa 'eso'".

"Sé muy bien lo que significa "eso", *cuando* encuentro una cosa", dijo el Pato: "generalmente es una rana o un gusano. La pregunta es: ¿qué encontró el arzobispo?".

El Ratón no se dio cuenta de esta pregunta, pero se apresuró a continuar: "'-Consideró conveniente ir con Edgar Atheling a reunirse con Guillermo y ofrecerle la corona. La conducta de Guillermo al principio fue moderada. Pero la insolencia de sus normandos..." ¿Cómo te va ahora, querida?", continuó, volviéndose hacia Alicia mientras hablaba.

"Tan mojada como siempre", dijo Alicia en tono melancólico: "parece que no me seca en absoluto".

"En ese caso", dijo el Dodo solemnemente, poniéndose en pie, "propongo que se levante la sesión, para la adopción inmediata de remedios más enérgicos..."

"¡Habla en inglés! "dijo el Aguilucho. "¡No sé el significado de la mitad de esas largas palabras y, además, no creo que tú tampoco lo sepas!". Y el Aguilucho agachó la cabeza para ocultar una sonrisa: algunos de los otros pájaros se rieron audiblemente.

"Lo que iba a decir", dijo el Dodo en tono ofendido, "es que lo mejor para secarnos sería una carrera de Caucus".

"¿Qué *es* un Caucus-race?" dijo Alicia; no es que quisiera saber mucho, pero el Dodo había hecho una pausa como si pensara que *alguien* debía hablar, y nadie más parecía dispuesto a decir nada.

"Pues", dijo el Dodo, "la mejor manera de explicarlo es haciéndolo". (Y como tal vez quieras probar la cosa tú mismo, algún día de invierno, te diré cómo lo consiguió el Dodo).

En primer lugar, se marcó un recorrido de carrera, en una especie de círculo ("la forma exacta no importa", decía) y luego se colocó a todo el grupo a lo largo del recorrido, aquí y allá. No había un "uno, dos, tres y fuera", sino que empezaban a correr cuando querían y lo dejaban cuando querían, de modo que no era fácil saber cuándo había terminado la carrera. Sin embargo, cuando llevaban más o menos media hora corriendo, y estaban de nuevo bastante secos, el Dodo gritó de repente: "¡La carrera ha terminado!" y todos se agolparon a su alrededor, jadeando, y preguntando: "¿Pero quién ha ganado?".

no pudo responder a esta pregunta sin pensarlo mucho, y se quedó sentado durante mucho tiempo con un dedo presionado sobre su frente , (la posición en la que se suele ver a Shakespeare, en las fotos de él,) mientras el resto esperaba en silencio.fin el Dodo dijo: "*Todos* han ganado, y todos deben tener premio".

"¿Pero quién va a dar los premios? "preguntó un coro de voces.

"Pues *ella, por* supuesto", dijo el Dodo, señalando a Alicia con un dedo; y todo el grupo se agolpó de inmediato a su alrededor, gritando de forma confusa: "¡Premios! Premios".

Alicia no sabía qué hacer y, desesperada, se metió la mano en el bolsillo y sacó una caja de comestibles (por suerte el agua salada no se había metido

en ella) y los repartió como premio. Había exactamente uno por pieza, en todas partes.

"Pero ella misma debe tener un premio, ya sabes", dijo el Ratón.

"Por supuesto", respondió el Dodo con mucha seriedad. "¿Qué más tienes en el bolsillo?", continuó, volviéndose hacia Alicia.

"Sólo un dedal", dijo Alicia con tristeza.

"Entrégalo aquí", dijo el Dodo.



Entonces todos se agolparon de nuevo en torno a ella, mientras el Dodo presentaba solemnemente el dedal, diciendo: "Os rogamos que aceptéis este elegante dedal"; y, cuando hubo terminado este breve discurso, todos aplaudieron.

Alicia pensó que todo aquello era muy absurdo, pero todos tenían un aspecto tan grave que no se atrevió a reírse; y como no se le ocurría nada que decir, se limitó a hacer una reverencia y a coger el dedal, con el aspecto más solemne posible.

Lo siguiente fue comer los comestibles: esto causó algo de ruido y confusión, ya que los pájaros grandes se quejaban de que no podían probar los suyos, y los pequeños se atragantaron y tuvieron que recibir palmaditas en la espalda. Sin embargo, al final se acabó, y se sentaron de nuevo en un anillo, y le rogaron al Ratón que les dijera algo más.

"Prometiste contarme tu historia, sabes", dijo Alicia, "y por qué es que odias a C y D", agregó en un susurro, medio temiendo que se ofendiera de nuevo.

"La mía es una historia larga y triste", dijo el Ratón, volviéndose hacia Alicia, y suspirando.

"*Es* una cola larga, ciertamente", dijo Alicia, mirando con asombro la cola del Ratón; "¿Pero por qué la llamas triste?". Y continuó preguntando al respecto mientras el Ratón hablaba, de modo que su idea del cuento fue algo así:

"Furia le dijo a un ratón, Que
conoció en la casa,

' Vamos los dos a la ley:
Yo te procesaré
. -
Vamos, no aceptaré negación;

Debemos tener un juicio:

Porque
realmente esta mañana no tengo nada que hacer.'

Dijo el ratón a el cura,
'Un juicio así
,
querido señor,
Sin jurado ni
juez,
sería desperdiciar nuestro aliento.'

Yo

Yo seré

Dijo astuto el viejo Furia;
'Juzgaré toda la causa,
y condenar a ti a muerte.

"¡No vas a asistir!", dijo el Ratón a Alicia, con severidad. "¿En qué piensas?"

"Le pido perdón", dijo Alicia muy humildemente: "¿has llegado a la quinta curva, creo?"

"*¡No lo* había hecho*!*", gritó el Ratón, bruscamente y muy enfadado.

"¡Un nudo!", dijo Alicia, siempre dispuesta a ser útil, y mirando ansiosamente a su alrededor. "¡Oh, déjame ayudar a deshacerlo!"

"No haré nada de eso", dijo el Ratón, levantándose y alejándose. "¡Me insultas diciendo semejantes tonterías!"

"¡No era mi intención!", suplicó la pobre Alicia. "¡Pero te ofendes tan fácilmente, sabes!"

El Ratón sólo gruñó en respuesta.

"¡Por favor, vuelve y termina tu historia!" Alicia le gritó; y los demás se unieron en coro: "¡Sí, por favor!", pero el Ratón sólo sacudió la cabeza con impaciencia y caminó un poco más rápido.

"¡Qué lástima que no se quede!", suspiró el Loro, en cuanto se perdió de vista; y una vieja Cangrejera aprovechó la ocasión para decirle a su hija: "¡Ah, querida! Que esto te sirva de lección para no perder nunca *los* nervios". "¡Cállate, mamá!", dijo el joven Cangrejo, un poco bruscamente. "¡Eres suficiente para poner a prueba la paciencia de una ostra!"

"Me gustaría tener a nuestra Dinah aquí, ¡sé que la tengo! " dijo Alicia en voz alta, dirigiéndose a nadie en particular. "¡Ella lo recuperaría pronto!"

"¿Y quién es Dinah, si puedo aventurarme a hacer la pregunta?", dijo el Loro.

Alicia respondió con entusiasmo, pues siempre estaba dispuesta a hablar de su mascota: "Dinah es nuestra gata. Y es tan buena para cazar ratones, ¡no te imaginas! Y ¡oh, me gustaría que pudieras verla tras los pájaros! Vaya, se comerá un pajarito en cuanto lo mire".

Este discurso causó una notable sensación entre el grupo.Algunos pájaros se apresuraron a marcharse: una vieja urraca empezó a envolverse con mucho cuidado, comentando: "¡De verdad que tengo que irme a casa; el aire de la noche no le sienta bien a mi garganta!" Y un canario gritó con voz temblorosa a sus hijos: "¡Venid, queridos! Ya es hora de que os acostéis". Con diversos pretextos, todos se fueron, y Alicia se quedó sola.

"¡Ojalá no hubiera mencionado a Dinah!", se dijo a sí misma en tono melancólico. "Parece que a nadie le gusta, aquí abajo, ¡y estoy segura de que es la mejor gata del mundo! ¡Oh, mi querida Dinah! Me pregunto si volveré a verte alguna vez". Y aquí la pobre Alicia comenzó a llorar de nuevo, pues se sentía muy sola y con poco ánimo. Sin embargo, al cabo de un rato, volvió a oír un pequeño repiqueteo de pasos en la distancia, y levantó la vista con entusiasmo, con la mitad de la esperanza de que el Ratón hubiera cambiado de opinión y volviera para terminar su historia.

CAPÍTULO IV

EL CONEJO ENVÍA UNA PEQUEÑA FACTURA.

Era el Conejo Blanco, que volvía trotando lentamente, y miraba ansiosamente a su alrededor, como si hubiera perdido algo; y lo oyó murmurar para sí mismo: "¡La Duquesa! ¡La Duquesa! ¡Oh, mis queridas patas! ¡Oh, mi pelaje y mis bigotes! ¡Ella hará que me ejecuten, tan seguro como que los hurones son hurones! ¿Dónde se me habrán caído, me pregunto?"Alicia adivinó en un momento que buscaba el abanico y el par de guantes blancos de cabritilla, y comenzó a buscarlos de muy buen grado, pero no se veían por ninguna parte; todo parecía haber cambiado desde su baño en la piscina, y el gran salón, con la mesa de cristal y la puertecita, había desaparecido por completo

Muy pronto, el conejo se fijó en Alicia, que andaba cazando por ahí, y la llamó en tono airado: "Vaya, Mary Ann, ¿qué haces aquí fuera? Corre a casa ahora mismo y tráeme un par de guantes y un abanico. Rápido, ahora!" Y Alicia se asustó tanto que salió corriendo de inmediato en la dirección que señalaba, sin intentar explicar el error que había cometido.

"Me tomó por su criada", se dijo mientras corría. "¡Cuánta sorpresa se llevará cuando descubra quién soy! Pero será mejor que le lleve su abanico y sus guantes, si es que los encuentro". Mientras decía esto, se encontró con una pequeña y ordenada casa, en cuya puerta había una brillante placa de latón con el nombre "W. RABBIT" grabado.sin llamar y se apresuró a subir las escaleras, con gran temor de encontrarse con la verdadera Mary Ann, y ser expulsada de la casa antes de haber encontrado el abanico y los guantes

"¡Qué extraño parece", se dijo Alicia, "estar enviando mensajes por un conejo! Supongo que Dinah será la siguiente en enviarme mensajes". Y comenzó a imaginar el tipo de cosas que sucederían: "'¡Srta. Alicia! Venga

aquí directamente, y prepárese para su paseo!' '¡Voy en un minuto, enfermera! Pero tengo que vigilar esta ratonera hasta que vuelva Dinah, y ver que el ratón no salga'. Sólo que no creo -continuó Alicia- que dejen a Dinah detenerse en la casa si empieza a dar órdenes a la gente de esa manera."

Para entonces, había llegado a una pequeña y ordenada habitación con una mesa en la ventana, y sobre ella (como había esperado) un abanico y dos o tres pares de pequeños guantes de seda blancos: cogió el abanico y un par de guantes, y estaba a punto de salir de la habitación, cuando su vista se fijó en una pequeña botella que estaba cerca del espejo.Esta vez no había ninguna etiqueta con las palabras "DRINK ME" (Bébeme), pero aun así la descorchó y se la llevó a los labios. Va a ocurrir *algo* interesante", se dijo a sí misma, "siempre que coma o beba algo; así que voy a ver qué hace esta botella. Espero que me haga crecer de nuevo, porque realmente estoy bastante cansada de ser una cosa tan pequeña".

Así fue, y mucho antes de lo que ella esperaba: antes de que se hubiera bebido la mitad de la botella, se encontró con la cabeza presionada contra el techo, y tuvo que agacharse para evitar que le rompieran el cuello. Se apresuró a dejar la botella, diciéndose a sí misma: "Ya es suficiente; espero que no crezca más; tal como están las cosas, no puedo salir por la puerta; ¡desearía no haber bebido tanto!".



Ya era demasiado tarde para desearlo. Siguió creciendo, y creciendo, y muy pronto tuvo que arrodillarse en el suelo: en otro minuto ni siquiera había espacio para esto, y probó el efecto de acostarse con una

codo contra la puerta, y el otro brazo enroscado alrededor de su cabeza. Siguió creciendo y, como último recurso, sacó un brazo por la ventana y un pie por la chimenea, y se dijo: "Ahora ya no puedo hacer nada más, pase lo que pase. ¿Qué *será* de mí?"

Por suerte para Alicia, la botellita mágica había surtido todo su efecto, y no aumentó de tamaño: aun así era muy incómodo, y como no parecía haber ninguna posibilidad devolviera a salir de la habitación , no es de extrañar que se sintiera desgraciada

"Era mucho más agradable estar en casa", pensó la pobre Alicia, "cuando uno no estaba siempre creciendo y empequeñeciéndose, y siendo mandado por ratones y conejos. Casi desearía no haber bajado a esa madriguera, y sin embargo, es bastante curiosa esta clase de vida. Me pregunto qué *puede haberme pasado*. Cuando leía cuentos de hadas, creía que ese tipo de cosas nunca ocurrían, ¡y ahora estoy en medio de uno! ¡Debería haber un libro escrito sobre mí, eso debería! Y cuando crezca, escribiré uno; pero ya soy mayor", añadió en tono apenado, "al menos *aquí* ya no hay lugar para crecer".

"Pero entonces", pensó Alicia, "*¿nunca* llegaré a ser más vieja de lo que soy ahora? Eso será un consuelo, por un lado, no ser nunca una anciana, pero por otro lado, ¡tener siempre lecciones que aprender! ¡Oh, no me gustaría *eso!* "

"¡Oh, tonta Alicia!", respondió ella misma . "¿Cómo puedes aprender lecciones aquí? Apenas hay espacio para ti, y no hay espacio para ningún libro de lecciones".

Y así continuó, tomando primero un lado y luego el otro, y conversando bastante en conjunto; pero al cabo de unos minutos oyó una voz fuera, y se detuvo a escuchar.

"¡Mary Ann! Mary Ann!" dijo la voz, "¡trae mis guantes ahora mismo!" Entonces se oyó un pequeño repiqueteo de pies en la escalera. Alicia supo que era el Conejo que venía a buscarla, y se estremeció hasta hacer temblar la casa, olvidando por completo que ahora era mil veces más grande que el Conejo, y que no tenía por qué temerlo.

En ese momento el Conejo se acercó a la puerta y trató de abrirla; pero como la puerta se abría hacia adentro y el codo de Alicia estaba fuertemente presionado contra ella, ese intento resultó un fracaso. Alicia oyó que se decía a sí mismo: "Entonces daré la vuelta y entraré por la ventana".



"*¡Que* no!" pensó Alicia, y, tras

Esperando hasta que le pareció oír al conejo justo debajo de la ventana, extendió de repente la mano, e hizo un movimiento en el aire. No consiguió agarrar nada, pero oyó un pequeño chillido y una caída, así como un estruendo de cristales rotos, de lo que dedujo que era muy posible que hubiera caído en un marco de pepinos, o algo por el estilo.

A continuación llegó una voz enfadada -la del Conejo-: "¡Pat! ¡Pat! ¿Dónde estás?" Y luego una voz que nunca había oído antes: "¡Claro que estoy aquí! Buscando manzanas, su señoría".

"¡Cavando en busca de manzanas, en efecto!", dijo el Conejo con enfado. "¡Aquí! ¡Ven y ayúdame a salir de *esto!* "(Sonidos de más cristales rotos.)

"Ahora dime, Pat, ¿qué es eso en la ventana?"

"¡Claro, es un brazo, su señoría!" (Lo pronunció "arrum".)

"¡Un brazo, ganso! ¿Quién ha visto alguna vez uno de ese tamaño? ¡Por qué, llena toda la ventana!"

"Claro que sí, su señoría: pero para eso es un brazo".

"Bueno, no tiene nada que hacer ahí, en todo caso: ¡ve y llévatelo!"

Hubo un largo silencio después de esto, y Alicia sólo pudo oír susurros de vez en cuando; tales como: "¡Claro que no me gusta, su señoría, en absoluto, en absoluto!" "¡Haz lo que te digo, cobarde!", y por fin volvió a extender la mano y dio otro tirón al aire. Esta vez se oyeron *dos* pequeños gritos y más sonidos de cristales rotos. "¡Qué cantidad de marcos de pepinos debe haber!", pensó Alicia. "¡Me pregunto qué harán ahora! En cuanto a sacarme por la ventana, ¡ojalá *pudieran hacerlo! Estoy* segura de *que no quiero seguir* aquí dentro!"

Esperó un rato sin oír nada más; por fin se oyó el ruido de las ruedas de los carros y el sonido de muchas voces que hablaban juntas: "¿Dónde está la otra escalera? -Porque no tenía que traer más que una; Bill tiene la otra -¡Bill! tráela aquí, muchacho! -Aquí, ponlas en esta esquina -No, átalas juntas primero-no llegan ni a la mitad de la altura todavía -¡Oh! harán lo suficiente; no seas particular -¡Aquí, Bill! agarra esta cuerda -¿Soportará el techo? -Cuidado con esa pizarra suelta -¡Oh, está bajando! ¡Cabezas abajo!" (un fuerte estruendo)-"Ahora, ¿quién hizo eso? -Fue Bill, me imagino-

¿Quién va a bajar por la chimenea? -*¡No*,no lo haré! ¡Hazlo *tú!* -¡Entonces no lo haré! -¡Bill tiene que bajar! -¡Aquí, Bill! ¡El maestro dice que tienes que bajar por la chimenea!"

"¡Oh! Así que Bill tiene que bajar por la chimenea, ¿no?", se dijo Alicia. "¡Vaya, parece que le echan todo encima a Bill! Yo no estaría en el lugar de Bill por un buen rato:

esta chimenea es estrecha, sin duda; ¡pero *creo que* puedo patear un poco!"



Bajó el pie todo lo que pudo por la chimenea y esperó hasta que oyó a un animalito (no podía adivinar de qué clase era) que arañaba y se revolvía en la chimenea, cerca de ella; entonces, diciéndose a sí misma: "Este es Bill", dio una fuerte patada y esperó a ver qué pasaba después.

Lo primero que oyó fue un coro general de "¡Ahí va Bill!", luego la voz del Conejo solo: "¡Atrápalo, tú, junto al seto!", luego el silencio de , y después otra confusión de voces: "Levántale la cabeza, Brandy, ahora, no lo ahogues... ¿Cómo fue, viejo amigo? ¿Qué te ha pasado? Cuéntanoslo todo".

Por último, una voz débil y chirriante ("Es Bill", pensó Alicia): "Bueno, apenas sé... No más, gracias; ya estoy mejor, pero estoy demasiado nervioso

para decírtelo; todo lo que sé es que algo viene hacia mí como una caja de sorpresas, y subo como un cohete".

"¡Así que lo hiciste, viejo amigo!", dijeron los demás.

"¡Debemos quemar la casa!", dijo la voz del Conejo; y Alicia gritó tan fuerte como pudo: "¡Si lo hacéis, os pondré a Dinah!".

Al instante se hizo un silencio sepulcral, y Alicia pensó para sí misma: "¡Me pregunto qué harán ahora! Si tuvieran sentido común, quitarían el techo". Al cabo de uno o dos minutos, empezaron a moverse de nuevo, y Alicia oyó que el Conejo decía: "Para empezar, un túmulo".

"¿Una lluvia de *qué?* " pensó Alicia; pero no tuvo mucho tiempo para dudar, pues aluna lluvia de piedrecitas entró traqueteando por la ventana, y algunas de ellas la golpearon en la cara. "Voy a poner fin a esto", se dijo a sí misma, y gritó: "¡Será mejor que no vuelvas a hacer eso!", lo que produjo otro silencio sepulcral.

Alicia se dio cuenta, con cierta sorpresa, de que los guijarros se estaban convirtiendo en pequeños pasteles mientras yacían en el suelo, y se le ocurrió una brillante idea. "Si me como uno de estos pasteles", pensó, "seguro que cambiará mi tamaño; y como no es posible que me haga más grande, supongo que me hará más pequeña".

Así que se tragó uno de los pasteles, y se alegró al ver que empezaba a encogerse directamente. En cuanto fue lo suficientemente pequeña como para pasar por la puerta, salió corriendo de la casa y se encontró con una multitud de animalitos y pájaros esperando fuera. El pobre lagarto, Bill, estaba en medio, sostenido por dos cobayas, que le daban algo de una botella. Todos se abalanzaron sobre Alicia en el momento en que ésta apareció, pero ella huyó lo más fuerte que pudo y pronto se encontró a salvo en un espeso bosque

"Lo primero que tengo que hacer", se dijo Alicia, mientras deambulaba por el bosque, "es volver a tener mi tamaño adecuado; y lo segundo es

encontrar el camino hacia ese precioso jardín. Creo que ese será el mejor plan".

Parecía un plan excelente, sin duda, y muy ordenado y sencillo; la única dificultad era que no tenía la menor idea de cómo llevarlo a cabo; y mientras miraba ansiosamente entre los árboles, un pequeño y agudo ladrido justo por encima de su cabeza la hizo levantar la vista a toda prisa.

Un enorme cachorro la miraba con sus grandes y redondos ojos, y extendía débilmente una pata, tratando de tocarla. "¡Pobrecito!", dijo Alicia, en tono persuasivo, y se esforzó por silbarle; pero estaba terriblemente asustada todo el tiempo al pensar que podría tener hambre, en cuyo caso sería muy probable que se la comiera a pesar de todos sus halagos.



Casi sin saber lo que hacía, cogió un palito y se lo tendió al cachorro; entonces el cachorro saltó por los aires con un grito de placer y se abalanzó sobre el palito, haciendo creer que lo iba a atropellar; entonces Alicia se

escabulló detrás de un gran cardo, para no ser atropellada, y en el momento en que apareció al otro lado, el cachorro se abalanzó de nuevo sobre el palito y cayó de cabeza en su afán por agarrarlo: Entonces Alicia, pensando que era muy parecido a jugar con un caballo de carreras, y esperando a cada momento ser pisoteada bajo sus pies, corrió de nuevo alrededor del cardo; entonces el cachorro comenzó una serie de cortas embestidas contra el palo, corriendo cada vez un poco hacia delante y mucho hacia atrás, y ladrando roncamente todo el tiempo, hasta que por fin se sentó a una buena distancia, jadeando, con la lengua fuera de la boca y sus grandes ojos medio cerrados.

Esto le pareció a Alicia una buena oportunidad para escapar, así que se puso en marcha de inmediato, y corrió hasta que estuvo bastante cansada y sin aliento, y hasta que el ladrido del cachorro sonó bastante débil en la distancia.

"Y, sin embargo, ¡qué cachorro tan querido era!", dijo Alicia, mientras se apoyaba en un ranúnculo para descansar y se abanicaba con una de las hojas: "Me hubiera gustado mucho enseñarle trucos, si hubiera tenido el tamaño adecuado para hacerlo. ¡Oh, Dios! Casi había olvidado que tengo que crecer de nuevo. ver, ¿cómo *va a* hacer? Supongo que debo comer o beber algo; pero la gran pregunta es: ¿qué?"

La gran pregunta era, sin duda, ¿qué? Alicia miró a su alrededor, a las flores y a las briznas de hierba, pero no pudo ver nada que le pareciera adecuado para comer o beber en aquellas circunstancias. Había una gran seta que crecía cerca de ella, más o menos de la misma altura que ella; y cuando hubo mirado debajo de ella, y a ambos lados y detrás, se le ocurrió que también podría mirar qué había en la parte superior.

puntillas y se asomó al borde de la seta, y sus ojos se encontraron inmediatamente con los de una gran oruga azul, que estaba sentada en la cima con los brazos cruzados, fumando tranquilamente una larga pipa de agua, sin hacer el menor caso de ella ni de nada



CAPÍTULO V.

CONSEJOS DE UNA ORUGA.

LA ORUGA y Alicia se miraron durante algún tiempo en silencio: por fin la oruga se sacó el narguile de la boca y se dirigió a ella con voz lánguida y somnolienta.

"¿Quién eres *tú?* "dijo la oruga.

Esta no era una apertura alentadora para una conversación. Alicia contestó, más bien tímidamente: "Apenas lo sé, señor, en este momento; al menos sé quién era cuando me levanté esta mañana, pero creo que debo haber cambiado varias veces desde entonces".

"¿Qué quieres decir con eso?", dijo la Oruga con severidad. "¡Explícate!"

"Me temo que no puedo *explicarme*, señor", dijo Alicia, "porque no soy yo misma, ya ve".

"No veo", dijo la Oruga.

"Me temo que no puedo decirlo con más claridad", contestó Alicia muy amablemente, "porque para empezar yo misma no puedo entenderlo; y el hecho de tener tantos tamaños diferentes en un día es muy confuso".

"No lo es", dijo la Oruga.

"Bueno, tal vez no lo hayas encontrado todavía", dijo Alicia; "pero cuando tengas que convertirte en crisálida -algún día lo harás, ya sabes- y después en mariposa, creo que lo sentirás un poco raro, ¿no?".

"Ni un poco", dijo la Oruga.

"Bueno, tal vez tus sentimientos sean diferentes", dijo Alicia; "lo único que sé es que a *mí me parecería* muy raro".

"¡Tú!", dijo la Oruga despectivamente. "¿Quién eres *tú?* "

Lo que les llevó de nuevo al principio de la conversación. Alicia se sintió un poco irritada por el hecho de que la Oruga hiciera comentarios tan cortos, y se recompuso y dijo, muy seriamente, "Creo que deberías decirme quién eres, primero".

"¿Por qué?", dijo la Oruga.

Aquí había otra pregunta desconcertante; y, como Alicia no podía pensar en ninguna buena razón, y como la Oruga parecía estar en un estado de ánimo *muy* desagradable, se dio la vuelta.

"¡Vuelve!", llamó la Oruga tras ella. "¡Tengo algo importante que decir!"

Esto sonaba prometedor, ciertamente: Alicia se dio la vuelta y regresó de nuevo.

"Mantén la calma", dijo la Oruga.

"¿Eso es todo?", dijo Alicia, tragándose su enfado como pudo.

"No", dijo la Oruga.

Alicia pensó que podría esperar, ya que no tenía nada más que hacer, y tal vez después de todo podría decirle algo que valiera la pena escuchar. Durante algunos minutos dio una calada sin hablar, pero por fin desplegó

los brazos, se sacó de nuevo el narguile de la boca y dijo: "Así que crees que has cambiado, ¿verdad?".

"Me temo que sí, señor", dijo Alicia; "ya no recuerdo las cosas como antes, y no mantengo la misma talla durante diez minutos seguidos".

"¿No recuerdas *qué* cosas?", dijo la Oruga.

Bueno, he intentado decir"*Cómo está la abejita ocupada*"¡pero me salió todo distinto!" contestó Alicia con voz muy melancólica.

"Repite'*Eres viejo, Padre William*'*",* dijo la Oruga.

Alicia se cruzó de brazos, y comenzó:-



Es usted viejo, padre Guillermo", dijo el joven,
"Y su pelo se ha vuelto muy blanco;
Y sin embargo, se levanta incesantemente sobre su cabeza-
¿Cree usted que, a su edad, está bien?

En mi juventud", respondió el padre William a su hijo,
"temía que pudiera dañar el cerebro;
pero ahora que estoy perfectamente seguro de que no tengo ninguno,
Pues lo hago una y otra vez



Eres viejo", dijo el joven, "como ya mencioné antes,
y has engordado de manera poco común;
Sin embargo, diste un salto hacia atrás en la puerta-
. Por favor, ¿cuál es la razón de eso?

En mi juventud", dijo el sabio, mientras sacudía sus mechones grises,
"mantuve todos mis miembros muy flexibles
Mediante el uso de este ungüento -un chelín la caja-
venderle un par?



Eres viejo", dijo el joven, "y tus mandíbulas son demasiado débiles
Para cualquier cosa más dura que el sebo;
Sin embargo, acabaste con el ganso, con los huesos y el pico-
Ora, ¿cómo te las arreglaste para hacerlo?

En mi juventud", dijo su padre, "me dediqué a la abogacía,
y discutí cada caso con mi esposa;
y la fuerza muscular, que le dio a mi mandíbula,
ha durado el resto de mi



Eres viejo", dijo el joven; "uno difícilmente supondría

que tu ojo era tan firme como siempre;
Sin embargo, balanceaste una anguila en el extremo de tu nariz-
¿Qué te hizo tan terriblemente inteligente?

"He respondido a tres preguntas, y eso es suficiente
",dijo su padre; "¡no te des aires!
¿Crees que puedo escuchar todo el día esas cosas?
Vete, o te echaré por las escaleras"

"Eso no se dice bien", dijo la Oruga.

"Me temo que no está *del todo* bien", dijo Alicia, tímidamente; "algunas de las palabras se han alterado".

"Está mal de principio a fin", dijo la Oruga con decisión, y hubo un silencio de unos minutos.

La Oruga fue la primera en hablar.

"¿De qué tamaño quieres ser?", preguntó.

"Oh, no soy particular en cuanto a la talla", se apresuró a responder Alicia; "sólo que a uno no le gusta cambiarse tan a menudo, ya sabes".

"*No* lo sé", dijo la Oruga.

Alicia no dijo nada: nunca la habían contradicho tanto en toda su vida, y sintió que perdía los nervios.

"¿Estás contento ahora?", dijo la Oruga.

"Bueno, me gustaría ser un *poco* más grande, señor, si no le importa", dijo Alicia: "tres pulgadas es una altura tan miserable para ser".

"¡Es una muy buena altura, de hecho!", dijo la oruga con rabia, erigiéndose mientras hablaba (tenía exactamente tres pulgadas de altura).

"¡Pero no estoy acostumbrada!", suplicó la pobre Alicia en tono lastimero. Y pensó para sí misma: "Ojalá las criaturas no se ofendan tan fácilmente".

"Te acostumbrarás con el tiempo", dijo la Oruga; y se metió el narguile en la boca y empezó a fumar de nuevo.

Esta vez Alicia esperó pacientemente hasta que la oruga decidió hablar de nuevo. Al cabo de uno o dos minutos, la oruga se sacó el anzuelo de la boca, bostezó una o dos veces y se sacudió. Luego bajó de la seta y se alejó arrastrándose hacia la hierba, limitándose a comentar mientras se alejaba: "Un lado te hará crecer más alto, y el otro lado te hará crecer más bajo".

"¿Un lado de qué*?* ¿El otro lado de qué*?* ", pensó Alicia para sí misma.

"De la seta", dijo la Oruga, como si lo hubiera preguntado en voz alta; y en otro momento se perdió de vista.

Alicia se quedó un minuto mirando la seta, tratando deen cuáles eran sus dos lados; y, como era perfectamente redonda, le resultaba muy difícil. Sin embargo, al final estiró los brazos alrededor de la seta hasta el tope y rompió un trozo del borde con cada mano.

"¿Y ahora cuál es cuál?", se dijo, y mordisqueó un poco el bocado de la derecha para probar el efecto: al momento siguiente sintió un violento golpe bajo la barbilla; ¡había golpeado su pie!

Se asustó mucho por este cambio tan repentino, pero pensó que no había tiempo que perder, ya que se estaba encogiendo rápidamente; así que se

puso a trabajar de inmediato para comer un poco del otro bocado. Tenía la barbilla tan apretada contra el pie que apenas tenía espacio para abrir la boca, pero al final lo hizo y consiguió tragar un bocado del bocado de la izquierda.

****

***

****

"Vamos, ¡por fin tengo la cabeza libre!", dijo Alicia en un tono de alegría, que se transformó en alarma en otro momento, cuando descubrió que sus hombros no se encontraban por ninguna parte: todo lo que pudo ver cuando miró hacia abajo, fue una inmensa longitud de cuello, que parecía surgir como un tallo de un mar de hojas verdes que estaba muy por debajo de ella.

"¿Qué *puede* ser toda esa cosa verde?", dijo Alicia. "¿Y dónde se *han metido* mis hombros? Y oh, mis pobres manos, ¿cómo es que no puedo verlas?" Las movía mientras hablaba, pero no parecía haber ningún resultado, salvo un pequeño temblor entre las lejanas hojas verdes.

Como no parecía haber ninguna posibilidad de llevar las manos a la cabeza, trató de bajar la cabeza hacia ellas, y se alegró al comprobar que su cuello se doblaba fácilmente en cualquier dirección, como una serpiente.Acababa de conseguir curvarlo hacia abajo en un elegante zigzag, e iba a sumergirse entre las hojas, que descubrió que no eran más que las copas de los árboles bajo los que había estado vagando, cuando un agudo silbido la hizo retroceder a toda prisa: una gran paloma había volado hacia su cara, y la estaba golpeando violentamente con las alas

"¡Serpiente!" gritó la Paloma.

"*¡No soy* una serpiente!" dijo Alicia indignada. "¡Déjame en paz!"

"¡Serpiente, vuelvo a decir!", repitió la Paloma, pero en un tono más apagado, y añadió con una especie de sollozo: "¡He probado de todas las maneras, y nada parece convenirles!".

"No tengo la menor idea de lo que estás hablando", dijo Alicia.

"He probado con las raíces de los árboles, y con los bancos, y con los setos", continuó la Paloma, sin atenderla; "¡pero esas serpientes! No hay quien las complazca".

Alicia estaba cada vez más desconcertada, pero pensó que no tenía sentido decir nada más hasta que la Paloma hubiera terminado.

Como si no fuera suficiente problema empollar los huevos", dijo la paloma, "¡pero tengo que estar buscando serpientes noche y día! No he pegado ojo en estas tres semanas".

"Siento mucho que te hayas molestado", dijo Alicia, que empezaba a ver su significado.

"Y justo cuando había tomado el árbol más alto del bosque", continuó la Paloma, elevando su voz a un chillido, "y justo cuando pensaba que por fin me libraría de ellos, ¡deben venir retorciéndose desde el cielo! Ugh, Serpiente!"

"¡Pero yo *no soy una* serpiente, te digo!", dijo Alicia. "Soy un... soy un..."

"¡Bueno! *¿Qué eres?*", dijo la paloma. "¡Veo que estás tratando de inventar algo!"

"Soy una niña", dijo Alicia, algo dudosa, al recordar la cantidad de cambios que había sufrido ese día.

"¡Una historia muy probable!", dijo la Paloma en un tono del más profundo desprecio. "¡He visto muchas niñas en mi vida, pero nunca *una* con un

cuello como ese! No, no. una serpiente ; y es inútil negarlo. Supongo que ahora me dirás que nunca has probado un huevo".

"*He* probado los huevos, ciertamente", dijo Alicia, que era una niña muy sincera; "pero las niñas comen huevos tanto como las serpientes, ya sabes".

"No lo creo", dijo la Paloma; "pero si lo hacen, por qué entonces son una especie de serpiente, es todo lo que puedo decir".

Esto era una idea tan nueva para Alicia, que se quedó en silencio durante un minuto o dos, lo que dio a la Paloma la oportunidad de añadir: "Estás buscando huevos, *lo* sé muy bien; ¿y qué me importa si eres una niña o una serpiente?"

"*Me* importa mucho", dijo Alicia apresuradamente; "pero no estoy buscando huevos, como sucede; y si lo estuviera, no querría *los tuyos:* No me gustan crudos".

"¡Pues lárgate!", dijo la paloma en tono enfurruñado, mientras se instalaba de nuevo en su nido . Alicia se agachó entre los árboles como pudo, pues su cuello se enredaba entre las ramas y de vez en cuando tenía que detenerse para desenredarlo. Al cabo de un rato se acordó de que aún tenía los trozos de seta en las manos, y se puso a trabajar con mucho cuidado, mordisqueando primero uno y luego otro, y creciendo a veces más alto y a veces más bajo, hasta que consiguió bajar a su altura habitual.

Hacía tanto tiempo que no tenía la talla adecuada, que al principio se sintió bastante extraña; pero se acostumbró en pocos minutos y empezó a hablar sola, como de costumbre. "¡Venga, ya está la mitad de mi plan hecho! ¡Qué desconcertantes son todos estos cambios! Nunca estoy segura de lo que voy a ser, de un momento a otro. Sin embargo, he recuperado mi tamaño correcto: lo siguiente es entrar en ese hermoso jardín; me pregunto cómo se hará eso". Mientras decía esto, llegó de repente a un lugar abierto, con una casita en él de unos cuatro pies de altura.Quienquiera que viva allí", pensó Alicia, "no servirá de nada toparse con él de *este* tamaño: ¡por qué, lo asustaría hasta la saciedad!". Así que empezó a mordisquear de nuevo el

trozo de la derecha, y no se aventuró a acercarse a la casa hasta que no bajó a nueve pulgadas de altura.

CAPÍTULO VI.

CERDO Y PIMIENTA

DURANTE uno o dos minutos se quedó mirando la casa y preguntándose qué hacer a continuación, cuando de repente un lacayo de librea salió corriendo del bosque -(ella lo consideraba lacayo porque estaba en librea: de lo contrario, a juzgar sólo por su cara, lo habría llamado pez)- y golpeó fuertemente la puerta con los nudillos. Le abrió otro lacayo de librea, con cara redonda y ojos grandes como los de una rana; y ambos lacayos, según observó Alicia, tenían el pelo empolvado que se les enroscaba por toda la cabeza. Sintió mucha curiosidad por saber de qué se trataba, y se arrastró un poco fuera del bosque para escuchar.



El pescador comenzó sacando de su brazo una gran carta, casi tan grande como él mismo, y se la entregó al otro, diciendo en tono solemne: "Para la

duquesa. Una invitación de la Reina para jugar croquet ". El hombre de la rana repitió, en el mismo tono solemne, cambiando sólo un poco el orden de las palabras: "De la Reina. Una invitación para que la Duquesa juegue al croquet".

Entonces ambos se inclinaron y sus rizos se enredaron.

Alicia se rió tanto de esto, que tuvo que volver corriendo al bosque por miedo a que la oyeran; y cuando volvió a asomarse, el hombre pez ya no estaba, y el otro estaba sentado en el suelo, cerca de la puerta, mirando estúpidamente al cielo.

Alicia se acercó tímidamente a la puerta y llamó.

"No sirve de nada llamar a la puerta", dijo el lacayo, "y eso por dos razones. En primer lugar, porque estoy en el mismo lado de la puerta que tú; en segundo lugar, porque están haciendo tanto ruido dentro, que nadie podría oírte". Y lo cierto es que dentro se oía un ruido extraordinario: aullidos y estornudos constantes, y de vez en cuando un gran estruendo , como si se hubiera roto un plato o una tetera en pedazos

"Por favor, entonces", dijo Alicia, "¿cómo voy a entrar?"

"Podría tener algún sentido que llamaras", continuó el lacayo, sin atenderla, "si tuviéramos la puerta entre nosotros. Por ejemplo, si estuvieras *dentro*, podrías llamar y yo podría dejarte salir, ya sabes". Estuvo mirando al cielo todo el tiempo que hablaba, y esto a Alicia le pareció decididamente descortés. "Pero quizás no pueda evitarlo", se dijo a sí misma, "sus ojos están *tan* cerca de la cima de su cabeza. Pero, en cualquier caso, podría responder a las preguntas.

"Me sentaré aquí", comentó el lacayo, "hasta mañana..."

En ese momento se abrió la puerta de la casa y un gran plato salió rozando la cabeza del lacayo: le rozó la nariz y se rompió en pedazos contra uno de los árboles que había detrás.

al día siguiente, tal vez", continuó el lacayo en el mismo tono, exactamente como si no hubiera pasado nada.

"¿Cómo voy a entrar?", volvió a preguntar Alicia, en un tono más alto.

"¿*Vas* a entrar?", dijo el lacayo. "Esa es la primera pregunta, ya sabes".

Lo era, sin duda: sólo que a Alicia no le gustaba que se lo dijeran. "Es realmente espantoso", murmuró para sí misma, "la forma en que todas las criaturas discuten. Es suficiente para volver a uno loco".

El hombre de a pie pareció pensar que esta era una buena oportunidad para repetir su comentario, con variaciones. "Me sentaré aquí", dijo, "de vez en cuando, durante días y días".

"¿Pero qué voy a hacer?", dijo Alicia.

"Lo que quieras", dijo el lacayo, y empezó a silbar.

"Oh, es inútil hablar con él", dijo Alicia desesperadamente: "¡Es un perfecto idiota!" Y abrió la puerta y entró.

La puerta conducía directamente a una gran cocina,



que estaba lleno de humo de un extremo a otro: la duquesa estaba sentada en un taburete de tres patas en el centro, amamantando a un bebé; la cocinera estaba inclinada sobre el fuego, removiendo un gran caldero que parecía estar lleno de sopa.

"¡Ciertamente hay demasiada pimienta en esa sopa!" se dijo Alicia, tan bien como pudo para estornudar.

Ciertamente había demasiada cantidad en el aire. Incluso la duquesa estornudaba de vez en cuando; y en cuanto al bebé, estornudaba y aullaba alternativamente sin parar. Las únicas dos criaturas en la cocina que no estornudaban eran la cocinera y un gran gato que estaba sentado en la chimenea y sonreía de oreja a oreja.

"Por favor, ¿podrías decirme", dijo Alicia, un poco tímidamente, pues no estaba muy segura de si era de buena educación que ella hablara primero, "por qué tu gato sonríe así"?

"Es un gato de Cheshire", dijo la duquesa, "y por eso. ¡Cerdo!"

Dijo la última palabra con una violencia tan repentina que Alicia se sobresaltó; pero en otro momento vio que se dirigía al bebé y no a ella, así que se armó de valor y continuó:-

"No sabía que los gatos de Cheshire siempre sonreían; de hecho, no sabía que los gatos *pudieran* sonreír"."Todos pueden", dijo la Duquesa; "y la mayoría lo hace".

"No conozco ninguno que lo haga", dijo Alicia muy amablemente, sintiéndose bastante satisfecha de haber entablado una conversación.

"No sabes mucho", dijo la Duquesa; "y eso es un hecho".

A Alicia no le gustó nada el tono de este comentario, y pensó que sería mejor introducir otro tema de conversación. Mientras intentaba encontrar uno, la cocinera retiró el caldero de la sopa del fuego y se puso a trabajar de inmediato lanzando todo lo que estaba a su alcance contra la duquesa y el bebé: primero fueron los hierros del fuego y luego una lluvia de cacerolas, platos y vajillas. La Duquesa no les hizo caso ni siquiera cuando la golpearon; y el bebé aullaba ya tanto que era imposible saber si los golpes le habían hecho daño o no.

"¡Oh, *por favor,* tened cuidado con lo que estáis haciendo!", gritó Alicia, saltando en una agonía de terror.¡Oh, ahí va su *preciosa* nariz!" cuando una cacerola inusualmente grande voló cerca de ella y casi se la llevó.

"Si todo el mundo se ocupara de sus propios asuntos", dijo la duquesa con un gruñido ronco, "el mundo giraría mucho más rápido de lo que lo hace".

"Lo cual *no* sería una ventaja", dijo Alicia, que se sintió muy contenta de tener la oportunidad de mostrar un poco de sus conocimientos. "¡Piensa en el trabajo que haría con el día y la noche! Ya ves que la tierra tarda veinticuatro horas en girar sobre su eje..."

"Hablando de hachas", dijo la duquesa, "¡córtale la cabeza!"

Alicia miró con cierta ansiedad a la cocinera, para ver si entendía la indirecta; pero la cocinera estaba revolviendo afanosamente la sopa, y

parecía no estar escuchando, así que continuó: "Veinticuatro horas, *creo;* ¿o son doce? I--"

"Oh, no *me* molestes", dijo la Duquesa; "¡nunca he podido soportar las figuras!"Y con eso empezó a amamantar a su hijo de nuevo, cantándole una especie de nana mientras lo hacía, y dándole una violenta sacudida al final de cada línea :-

"Habla con rudeza a tu hijo pequeño.
Y pégale cuando estornude:
Sólo lo hace para molestar,
Porque sabe que se burla".

ESTRIBILLO.

(En el que la cocinera y el bebé se unieron):-

"*¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya!*"

Mientras la duquesa cantaba la segunda estrofa de la canción, no dejaba de zarandear al bebé violentamente, y el pobrecito aullaba de tal manera, que Alicia apenas podía oír la letra:-.

"Le hablo con severidad a mi hijo
, lo golpeo cuando estornuda;
¡Para que pueda disfrutar a fondo
La pimienta cuando le plazca!"

ESTRIBILLO.

"*¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya!*"

"¡Toma! puedes amamantarlo un poco, si quieres", dijo la duquesa a Alicia, arrojándole el bebé mientras hablaba. "Debo ir a prepararme para jugar al croquet con la Reina", y se apresuró a salir de la habitación. La cocinera le lanzó una sartén cuando se marchaba, pero no la alcanzó.

Alicia cogió al bebé con cierta dificultad, ya que era una criaturita de forma extraña, y extendía los brazos y las piernas en todas las direcciones, "como un pez estrella", pensó Alicia. La pobre criatura resoplaba como una máquina de vapor cuando la cogió, y no dejaba de doblarse y enderezarse de nuevo, de modo que, en conjunto, durante los dos primeros minutos, fue todo lo que pudo hacer para sostenerla.

Tan pronto como supo la forma correcta de amamantarlo (que consistía en hacerle una especie de nudo, y luego sujetar fuertemente su oreja derecha y su pie izquierdo, para evitar que se deshiciera por sí solo), lo sacó al aire libre. Si no me llevo a este niño", pensó Alicia, "seguro que lo matarán enuno o dos días : ¿no sería un asesinato dejarlo atrás?" Dijo las últimas palabras en voz alta, y el pequeño gruñó en respuesta (ya había dejado de estornudar). "No gruñas", dijo Alicia; "esa no es en absoluto una forma adecuada de expresarse".

El bebé volvió a gruñir, y Alicia le miró ansiosamente a la cara para ver qué le pasaba. No cabía duda de que tenía una nariz *muy* respingona, mucho más parecida a un hocico que a una nariz de verdad; además, sus ojos se estaban volviendo extremadamente pequeños para un bebé: en conjunto, a Alicia no le gustaba nada su aspecto. "Pero tal vez sólo estaba sollozando", pensó, y volvió a mirarle a los ojos para ver si había lágrimas.

No, no hubo lágrimas. "Si vas a convertirte en un cerdo, querida", dijo Alicia, con seriedad, "no tendré nada más que ver contigo. Cuidado con

eso". La pobrecita volvió a sollozar (o a gruñir, era imposible decir cuál de las dos cosas), y siguieron un rato en silencio.



Alicia empezaba a pensar: "¿Y qué voy a hacer con esta criatura cuando la lleve a casa?", cuando el animal volvió a gruñir con tanta violencia que ella bajó la vista para mirarlo con cierta alarma. Esta vez *no* podía equivocarse: era ni más ni menos que un cerdo, y pensó que sería bastante absurdo que lo llevara más lejos.

Así que dejó a la criatura en el suelo y se sintió aliviada al verla alejarse tranquilamente hacia el bosque. "Si hubiera crecido", se dijo, "habría sido un niño terriblemente feo, pero creo que es un cerdo bastante guapo". Y se puso a pensar en otros niños que conocía, que podría hacer muy bien como cerdos, y se decía a sí misma: "si uno supiera la manera correcta de cambiarlos...", cuando se sobresaltó un poco al ver al Gato de Cheshire sentado en la rama de un árbol a unos metros de distancia.

El Gato sólo sonrió cuando vio a Alicia. Parecía bondadoso, pensó ella: aun así, tenía garras muy largas y muchos dientes, por lo que pensó que había que tratarlo con respeto.

"Gato de Cheshire", comenzó, más bien tímidamente, ya que no sabía en absoluto si le gustaría el nombre: sin embargo, sólo sonrió un poco más.

"Vamos, hasta aquí está contento", pensó Alicia, y continuó: "¿Podría decirme, por favor, por dónde debo ir desde aquí?".

"Eso depende mucho de a dónde quieras llegar", dijo el Gato.

"No me importa mucho dónde..." dijo Alicia.

"Entonces no importa qué camino tomes", dijo el Gato.

~~" Siempre~~ que llegue *a algún sitio*", añadió Alicia como explicación.

"Oh, seguro que lo harás", dijo el Gato, "si sólo caminas lo suficiente".

Alicia sintió que esto no podía ser negado, así que intentó otra pregunta. "¿Qué clase de gente vive por aquí?"

"En *esa dirección*", dijo el Gato, agitando su pata derecha, "vive un Sombrerero; y en *esa* dirección", agitando la otra pata, "vive una Liebre de Marzo. Visita a cualquiera de los dos que quieras: ambos están locos".

"Pero no quiero ir entre locos", comentó Alicia.

"Oh, no puedes evitarlo", dijo el Gato: "todos estamos locos aquí. Yo estoy loco. Tú estás loco".

"¿Cómo sabes que estoy loca?", dijo Alicia.

"Debes serlo", dijo el Gato, "o no habrías venido aquí".

Alicia no creyó que eso lo probara en absoluto; sin embargo, continuó: "¿Y cómo sabes que estás loco?"

"Para empezar", dijo el Gato, "un perro no está loco. ¿Lo reconoces?"

"Supongo que sí", dijo Alicia.



"Bueno, entonces", continuó el Gato, "ves que un perro gruñe cuando está enojado, y mueve la cola cuando está contento. *Yo* gruño cuando estoy contento y muevo la cola cuando estoy enfadado. Por lo tanto, estoy enfadado".

"*Yo* lo llamo ronronear, no gruñir", dijo Alicia.

"Llámalo como quieras", dijo el Gato. "¿Juegas hoy al croquet con la Reina?"

"Me gustaría mucho", dijo Alicia, "pero aún no me han invitado".

"Me verás allí", dijo el Gato, y desapareció.

Alicia no se sorprendió mucho por ello, ya que se estaba acostumbrando a que ocurrieran cosas raras. Mientras ella seguía mirando el lugar donde había estado, de repente apareció de nuevo.

"Por cierto, ¿qué fue del bebé?", dijo el Gato. "Casi me había olvidado de preguntar".

"Se convirtió en un cerdo", contestó Alicia en voz muy baja, como si el Gato hubiera vuelto de forma natural.

"Pensé que lo haría", dijo el Gato, y desapareció de nuevo. Alicia esperó un poco, medio esperando verlo de nuevo, pero no apareció, y después de un minuto o dos siguió caminando en la dirección en la que se decía que vivía la Liebre de Marzo.

"Ya he visto sombrereros antes", se dijo a sí misma: "La Liebre de Marzo será mucho más interesante, y tal vez, como estamos en mayo, no será delirante



loco, al menos no tan loco como en marzo". Al decir esto, levantó la vista y allí estaba de nuevo el Gato, sentado en la rama de un árbol.

"¿Has dicho cerdo o higo?", dijo el Gato.

"He dicho cerdo", contestó Alicia; "y me gustaría que no siguieras apareciendo y desapareciendo tan repentinamente: le das a uno bastante vértigo".

"Muy bien", dijo el Gato; y esta vez se desvaneció muy lentamente, empezando por el extremo de la cola y terminando con la sonrisa, que permaneció algún tiempo después de que el resto se hubiera ido.

"¡Bueno! A menudo he visto un gato sin sonrisa", pensó Alicia; "¡pero una sonrisa sin gato! Es la cosa más curiosa que he visto en toda mi vida!".

No había avanzado mucho antes de ver la casa de la Liebre de Marzo: pensó que debía ser la casa correcta, porque las chimeneas tenían forma de orejas y el techo estaba cubierto de paja. Era una casa tan grande, que no quiso acercarse hasta haber mordido un poco más del trozo de seta de la izquierda, y se elevó a unos 60 centímetros de altura: incluso entonces se acercó a ella con cierta timidez, diciéndose: "¡Supongamos que, después de todo, está loca de atar! Casi desearía haber ido a ver al Sombrerero en su lugar".

CAPÍTULO VII.

UNA LOCA FIESTA DE TÉ.

Había una mesa dispuesta bajo un árbol frente a la casa, y la Liebre de Marzo y el Sombrerero estaban tomando el té en ella: un Lirón estaba sentado entre ellos, profundamente dormido, y los otros dos lo usaban como cojín, apoyando los codos en él, y hablando por encima de su cabeza. "Muy incómodo para el Lirón", pensó Alicia; "sólo que, como está dormido, supongo que no le importa".

La mesa era grande, pero los tres estaban apiñados en una esquina de la misma: "¡No hay sitio! No hay espacio!" gritaron cuando vieron llegar a Alicia. "¡Hay espacio de *sobra!*", dijoAlicia indignada, y se sentó en un gran sillón en un extremo de

"Toma un poco de vino", dijo la Liebre de Marzo en un tono alentador.

Alicia miró alrededor de la mesa, pero sólo había té. "No veo ningún vino", comentó.

"No hay", dijo la Liebre de Marzo.

"Entonces no fue muy civilizado de tu parte ofrecerlo", dijo Alicia con enojo.

"No fue muy civilizado de tu parte sentarte sin ser invitado", dijo la Liebre de Marzo.

"No sabía que era *tu* mesa", dijo Alicia; "está puesta para muchos más de tres".

"Tu pelo quiere ser cortado", dijo el Sombrerero. Llevaba un rato mirando a Alicia con gran curiosidad, y éste fue su primer discurso.

"Deberías aprender a no hacer comentarios personales", dijo Alicia con cierta severidad: "es muy grosero".



El Sombrerero abrió mucho los ojos al oír esto; pero lo único que *dijo* fue: "¿Por qué un cuervo es como un escritorio?".

"¡Vamos, ahora nos divertiremos!", pensó Alicia. "Me alegro de que hayan empezado a hacer adivinanzas... Creo que lo puedo adivinar", añadió en voz alta.

"¿Quieres decir que crees que puedes averiguar la respuesta?", dijo la Liebre de Marzo.

"Exactamente así", dijo Alicia.

"Entonces deberías decir lo que quieres decir", continuó la Liebre de Marzo.

"Lo hago", se apresuró a responder Alicia; "al menos -al menos lo que digo- es lo mismo, ya sabes".

"¡No es lo mismo ni un poco!" dijo el Sombrerero. "¡Por qué, podrías decir que 'veo lo que como' es lo mismo que 'como lo que veo'!"

"También se podría decir", añadió la Liebre de Marzo, "que 'me gusta lo que me dan' es lo mismo que 'me dan lo que me gusta'".

"También se podría decir", añadió el Lirón, que parecía hablar en sueños, "¡que "respiro cuando duermo" es lo mismo que "duermo cuando respiro"!".

"A ti te pasa lo mismo", dijo el Sombrerero, y aquí se interrumpió la conversación, y el grupo se quedó en silencio durante un minuto, mientras Alicia pensaba en todo lo que podía recordar sobre cuervos y escritorios, que no era mucho.

El Sombrerero fue el primero en romper el silencio."¿Qué día del mes es?", dijo, volviéndose hacia Alicia: había sacado su reloj del bolsillo y lo miraba con inquietud, sacudiéndolo de vez en cuando y acercándoselo a la oreja.

Alicia reflexionó un poco y dijo: "El cuarto".

"¡Dos días de error!", suspiró el Sombrerero. "¡Te dije que la mantequilla no se adaptaría a las obras!", añadió, mirando con enfado a la Liebre de Marzo.

"Era la *mejor* mantequilla", respondió mansamente la Liebre de Marzo.

"Sí, pero también deben haber entrado algunas migas", refunfuñó el Sombrerero: "No deberías haberlas metido con el cuchillo del pan".

La Liebre de Marzo cogió el reloj y lo miró sombríamente: luego lo mojó en su taza de té, y lo volvió a mirar: pero no se le ocurrió nada mejor que su primer comentario: "Era la *mejor* mantequilla, ya sabes."

Alicia había estado mirando por encima de su hombro con cierta curiosidad. "¡Qué reloj!, comentó . "¡Dice el día del mes y no dice qué hora es!"

"¿Por qué habría de hacerlo?", murmuró el Sombrerero. "¿Te dice *tu reloj en* qué año estamos?"

"Por supuesto que no", contestó Alicia con mucha facilidad: "pero eso es porque se mantiene el mismo año durante mucho tiempo juntos".

"Que es justo el caso *del mío*", dijo el Sombrerero.

Alicia se sintió terriblemente desconcertada. El comentario del Sombrerero le parecía que no tenía ningún significado y, sin embargo, era ciertamente inglés. "No le entiendo", dijo, tan educadamente como pudo.

"El Lirón está dormido otra vez", dijo el Sombrerero, y le echó un poco de té caliente en la nariz.

El Lirón sacudió la cabeza con impaciencia y dijo, sin abrir los ojos: "Por supuesto, por supuesto; justo lo que iba a comentar yo mismo".

"¿Has adivinado ya el acertijo?", dijo el Sombrerero, volviéndose de nuevo hacia Alicia.

"No, lo dejo", respondió Alicia: "¿Cuál es la respuesta?"

"No tengo la menor idea", dijo el Sombrerero.

"Yo tampoco", dijo la Liebre de Marzo.

Alicia suspiró con cansancio. "Creo que podrías hacer algo mejor con el tiempo", dijo, "que perderlo en preguntar acertijos que no tienen respuesta".

"Si conocieras el Tiempo tan bien como yo", dijo el Sombrerero, "no hablarías de *malgastarlo*. Es *él*".

"No sé a qué te refieres", dijo Alicia.

"¡Claro que no!", dijo el Sombrerero, sacudiendo la cabeza despectivamente. "¡Me atrevo a decir que nunca has hablado con el Tiempo!"

"Tal vez no", respondió Alicia con cautela: "pero sé que tengo que vencer al tiempo cuando aprendo música".

"¡Ah! eso lo explica", dijo el Sombrerero. "No soportará los golpes.Ahora bien, si te mantuvieras en buenos términos con él, haría casi cualquier cosa que quisieras con el reloj. Por ejemplo, supongamos que fueran las nueve de la mañana, justo la hora de empezar las clases: sólo tendrías que susurrarle una pista al Tiempo, y el reloj daría vueltas en un abrir y cerrar de ojos. La una y media, hora de cenar".

("Ojalá lo fuera", se dijo la Liebre de Marzo en un susurro).

"Eso sería grandioso, ciertamente", dijo Alicia pensativa: "pero entonces no tendría hambre, ya sabes".

"No al principio, quizás", dijo el Sombrerero: "pero podrías mantenerlo hasta la una y media todo el tiempo que quisieras".

"*¿Así* te las arreglas?" preguntó Alicia.

El Sombrerero sacudió la cabeza con tristeza. "¡Yo no!", respondió. "Nos peleamos el pasado mes de marzo... justo antes de *que* se volviera loco, ya sabes..." (señalando con la cucharilla a la Liebre de Marzo), "fue en el gran concierto que dio la Reina de Corazones, y yo tuve que cantar



'*¡Twinkle, twinkle, little bat!*
¡Cómo me pregunto en qué andas!'

¿Conoce la canción, tal vez?"

"He oído algo parecido", dijo Alicia.

"Esto sucede, ya sabes", continuó el Sombrerero, "de esta manera:-

'*Por encima del mundo vuelas,*
Como una bandeja de té en el cielo.

----'"

Aquí el lirón se sacudió y comenzó a cantar en su sueño "*Twinkle, twinkle, twinkle, twinkle*..." y siguió tanto tiempo que tuvieron que pellizcarlo para que dejara de hacerlo.

"Apenas había terminado el primer verso", dijo el Sombrerero, "cuando la Reina gritó: '¡Está matando el tiempo! Que le corten la cabeza".

"¡Qué terriblemente salvaje!", exclamó Alicia.

"Y desde entonces", continuó el Sombrerero en tono afligido, "¡no hace nada de lo que le pido! Ahora siempre son las seis".

Una idea brillante vino a la cabeza de Alicia. "¿Es esa la razón por la que se ponen tantas cosas de té aquí?", preguntó.

"Sí, eso es", dijo el Sombrerero con un suspiro: "Siempre es la hora del té, y no tenemos tiempo para lavar las cosas entre horas".

"Entonces, ¿sigues dando vueltas, supongo?", dijo Alicia.

"Exactamente así", dijo el Sombrerero: "a medida que las cosas se van gastando".

"Pero, ¿cuándo vuelves al principio?" se aventuró a preguntar Alicia.

"Supongamos que cambiamos de tema", interrumpió la Liebre de Marzo, bostezando. "Me estoy cansando de esto. Voto por que la joven nos cuente una historia".

"Me temo que no conozco ninguna", dijo Alicia, bastante alarmada por la propuesta.

"¡Entonces el Lirón lo hará!", gritaron ambos. "¡Despierta, Lirón!" Y lo pellizcaron por ambos lados a la vez.

El Lirón abrió lentamente los ojos. "No estaba dormido", dijo con voz ronca y débil: "Escuché cada palabra que ustedes decían".

"¡Cuéntanos un cuento!", dijo la Liebre de Marzo.

"¡Sí, por favor!", suplicó Alicia.

"Y hazlo rápido", añadió el Sombrerero, "o volverás a estar dormido antes de que termine".

"Había una vez tres hermanitas", empezó el Lirón con mucha prisa; "y se llamaban Elsie, Lacie y Tillie; y vivían en el fondo de un pozo...".

"¿De qué vivían?", dijo Alicia, que siempre se interesaba mucho por las cuestiones de la comida y la bebida.

"Vivían de melaza", dijo el Lirón, después de pensar un minuto o dos.

"No podrían haber hecho eso, sabes", comentó Alicia suavemente: "habrían estado enfermos".

"Así estaban", dijo el Lirón; "*muy* enfermos".

Alicia trató de imaginarse un poco cómo sería una forma de vida tan extraordinaria, pero la desconcertó demasiado, así que continuó: "¿Pero por qué vivían en el fondo de un pozo?"

"Toma más té", le dijo la Liebre de Marzo a Alicia, muy seria.

"Todavía no he tomado nada", respondió Alicia en tono ofendido, "así que no puedo tomar más".

"Quieres decir que *no* puedes tomar menos", dijo el Sombrerero: "es muy fácil tomar *más* que nada".

"Nadie *te ha* pedido *tu* opinión", dijo Alicia.

"¿Quién hace ahora comentarios personales?", preguntó triunfante el Sombrerero.

Alicia no sabía qué decir a esto, así que se sirvió un poco de té ypan y mantequilla, y luego se dirigió al Lirón, y repitió su pregunta. "¿Por qué vivían en el fondo de un pozo?"

El Lirón volvió a tomarse un minuto o dos para pensar en ello, y luego dijo: "Era un pozo de melaza".

"¡No hay tal cosa!" Alicia empezaba muy enfadada, pero el Sombrerero y la Liebre de Marzo hicieron "¡Sh! ¡sh!" y el Lirón comentó enfurruñado: "Si no puedes ser civilizado, será mejor que termines el cuento por ti mismo".

"¡No, por favor, sigue!" dijo Alicia muy humildemente: "No te interrumpiré de nuevo. Me atrevo a decir que puede haber *uno*".

"¡Uno, en efecto!", dijo el Lirón con indignación. Sin embargo, consintió en continuar. "Y así, estas tres hermanitas... estaban aprendiendo a dibujar, ya sabes..."

"¿Qué han dibujado?", dijo Alicia, olvidando por completo su promesa.

"Melaza", dijo el Lirón, sin pensarlo en absoluto esta vez.

"Quiero una taza limpia", interrumpió el Sombrerero: "Vamos todos a un lugar".

El Sombrerero avanzó mientras hablaba, y el Lirón lo siguió; la Liebre de Marzo pasó al lugar del Lirón, y Alicia, de mala gana, ocupó el lugar de la Liebre de Marzo. El Sombrerero fue el único que sacó provecho del cambio, y Alicia estaba mucho peor que antes, ya que la Liebre de Marzo acababa de volcar la jarra de leche en su plato.

Alicia no quería ofender de nuevo al Lirón, así que empezó con mucha cautela: "Pero no entiendo. ¿De dónde sacaron la melaza?"

"Puedes sacar agua de un pozo de agua", dijo el Sombrerero; "así que debería pensar que podrías sacar melaza de un pozo de melaza, ¿eh, estúpido?"

"Pero estaban *en* el pozo", le dijo Alicia al Lirón, sin querer darse cuenta de este último comentario.

"Por supuesto que estaban", dijo el Lirón, "bien adentro".

Esta respuesta confundió tanto a la pobre Alicia, que dejó que el Lirón siguiera un rato sin interrumpirlo.

"Estaban aprendiendo a dibujar", continuó el Lirón, bostezando y frotándose los ojos, pues le estaba entrando mucho sueño; "y dibujaban todo tipo de cosas -todo lo que empieza por M-".

"¿Por qué con una M?", dijo Alicia.

"¿Por qué no?", dijo la Liebre de Marzo.

Alicia se quedó en silencio.

El lirón ya había cerrado los ojos y se estaba adormeciendo; pero, al ser pellizcado por el Sombrerero, se despertó de nuevo con un pequeño chillido y continuó: ~~"—que~~ comienza con una M, como las trampas para ratones, y la luna, y la memoria, y la muchedumbre-sabes que dices que las cosas son 'mucho de una muchedumbre'--¿has visto alguna vez algo como un dibujo de una muchedumbre?"

"Realmente, ahora que me lo preguntas", dijo Alicia, muy confundida, "no creo que..."

"Entonces no deberías hablar", dijo el Sombrerero.

Esta grosería fue más de lo que Alicia pudo soportar: se levantó muy disgustada y se



marchó; el Lirón se durmió al instante, y ninguno de los otros hizo el menor caso de su marcha, aunque miró hacia atrás una o dos veces, medio esperando que la llamaran: la última vez que los vio, estaban tratando de meter al Lirón en la tetera.

"¡En cualquier caso no volveré *allí*!", dijoAlicia mientras se abría paso por el bosque. "Es la fiesta de té más estúpida en la que he estado en toda mi vida..."

Justo cuando dijo esto, se dio cuenta de que uno de los árboles tenía una puerta que conducía justo al interior. "¡Qué curioso!", pensó. "Pero hoy todo es curioso. Creo que debería entrar de inmediato". Y entró.

Una vez más se encontró en el largo vestíbulo y cerca de la mesita de cristal. "Esta vez me las arreglaré mejor", se dijo, y empezó por coger la llavecita de oro y abrir la puerta que daba al jardín. Luego se puso a trabajar mordisqueando la seta (había guardado un trozo en el bolsillo) hasta alcanzar unos treinta centímetros de altura; *entonces* bajó por el pequeño

pasillo y se encontró por fin en el hermoso jardín, entre los brillantes parterres y las frescas fuentes.

CAPÍTULO VIII.

EL CAMPO DE CROQUET DE LA REINA.

Cerca de la entrada del jardín había UN GRAN rosal: las rosas que crecían en él eran blancas, pero había tres jardineros junto a él, que se afanaban en pintarlas de rojo. A Alicia le pareció algo muy curioso, y se acercó a observarlos, y justo cuando se acercó a ellos oyó que uno de ellos decía: "¡Cuidado! ¡Cinco! No vayas a salpicarme la pintura así!".

"No he podido evitarlo", dijo Cinco, en tono enfurruñado; "Siete me ha dado un codazo".

A lo que Siete levantó la vista y dijo: "¡Eso es, Cinco! Siempre echando la culpa a los demás".



"*¡Será* mejor que no hables!", dijo Cinco. "¡Oí a la Reina decir ayer mismo que merecías ser decapitado!"

"¿Para qué?", dijo el que había hablado primero.

"¡Eso no es asunto *tuyo*, Dos!" dijo Siete.

"¡Sí, *es* asunto suyo!", dijo Cinco, "y se lo diré: fue por traerle al cocinero raíces de tulipán en lugar de cebollas".

Siete arrojó su pincel y acababa de empezar a decir: "Bueno, de todas las cosas injustas...", cuando su mirada se posó en Alicia, que los observaba, y se contuvo de repente: los demás también miraron a su alrededor y todos se inclinaron.

"¿Quieres decirme, por favor", dijo Alicia, un poco tímidamente, "por qué estás pintando esas rosas"?

Cinco y Siete no dijeron nada, pero miraron a Dos. Dos empezó a decir en voz baja: "El caso es que, como ve, señorita, esto debería haber sido un rosal *rojo*, y pusimos uno blanco por error; y si la Reina lo descubriera, nos cortarían la cabeza a todos, ¿sabe? Así que ya ve, señorita, estamos haciendo todo lo posible, antes de que venga, para..." En ese momento Cinco, que había estado mirando ansiosamente a través del jardín, gritó "¡La Reina! La Reina!" y los tres jardineros se tiraron de bruces al instante. Se oyeron muchos pasos y Alicia miró a su alrededor, ansiosa por ver a la Reina.

Primero vinieron diez soldados que llevaban palos; todos ellos tenían la forma de los tres jardineros, oblongos y planos, con las manos y los pies en las esquinas: a continuación, los diez cortesanos; éstos estaban adornados por todas partes con diamantes, y caminaban dos ydos, como los soldados. Después de ellos venían los niños reales, que eran diez, y los pequeños venían saltando alegremente de la mano, en parejas: todos estaban

adornados con corazones. A continuación vinieron los invitados, en su mayoría reyes y reinas, y entre ellos Alicia reconoció al Conejo Blanco: hablaba de manera apresurada y nerviosa, sonriendo a todo lo que se decía, y pasó sin advertirla. Luego siguió el Bribón de Corazones, llevando la corona del Rey en un cojín de terciopelo carmesí; y, al final de todo este gran desfile, llegaron EL REY Y LA REINA DE CORAZONES.

Alicia dudaba si no debía echarse de bruces como los tres jardineros, pero no recordaba haber oído nunca una norma semejante en las procesiones; "y además, ¿de qué serviría una procesión -pensó- si la gente tuviera que echarse de bruces para que no la vieran?". Así que se quedó donde estaba y esperó.

Cuando la comitiva llegó frente a Alicia, todos se detuvieron y la miraron, y la Reina dijo con severidad: "¿Quién es éste?". Se lo dijo al Bribón de Corazones, quien sólo se inclinó y sonrió en respuesta.

"¡Idiota!", dijo la Reina, sacudiendo la cabeza con impaciencia; y, volviéndose hacia Alicia, prosiguió: "¿Cómo te llamas, niña?".

"Me llamo Alicia, para complacer a su Majestad", dijo Alicia muy educadamente; pero añadió, para sí misma: "Vaya, después de todo sólo son una baraja. No tengo por qué tenerles miedo".

"¿Y quiénes son *éstos?* ", dijo la Reina, señalando a los tres jardineros que estaban tumbados alrededor del rosal; porque, como estaban tumbados de bruces, y el dibujo de su espalda era el mismo que el del resto de la manada, no podía saber si eran jardineros, o soldados, o cortesanos, o tres de sus propios hijos.

"¿Cómo *voy a* saberlo?", dijo Alicia, sorprendida de su propio valor. "No es asunto *mío*".



La Reina se volvió carmesí de furia y, tras mirarla un momento como una fiera, empezó a gritar: "¡Que le corten la cabeza! Fuera..."

"¡Tonterías!", dijo Alicia, en voz muy alta y decidida, y la Reina guardó silencio.

El Rey le puso la mano en el brazo y le dijo tímidamente: "¡Considera, querida: es sólo una niña!".

La Reina se apartó airadamente de él, y dijo al Bribón: "¡Devuélvelos!".

El bribón lo hizo, con mucho cuidado, con un pie.

"¡Levántate!", dijo la Reina con voz estridente y fuerte, y los tres jardineros se levantaron al instante y comenzaron a hacer reverencias al Rey, a la Reina, a los niños reales y a todos los demás.

"¡Deja eso!" gritó la Reina. "Me das vértigo". Y luego, volviéndose hacia el rosal, continuó: "¿Qué *has* estado haciendo aquí?"

"Con la venia de su Majestad", dijo Dos, en un tono muy humilde, arrodillándose mientras hablaba, "estábamos intentando..."

"¡Ya veo!", dijo la Reina, que mientras tanto había estado examinando las rosas.¡Con sus cabezas!" y la procesión siguió adelante, tres de los soldados se quedaron atrás para ejecutar a los desafortunados jardineros, que corrieron hacia Alicia en busca de protección

"¡No serán decapitados!", dijo Alicia, y los puso en una gran maceta que estaba cerca. Los tres soldados vagaron durante uno o dos minutos, buscándolos, y luego marcharon tranquilamente tras los demás.

"¿Se les ha quitado la cabeza?", gritó la Reina.

"¡Sus cabezas han desaparecido, si le place a su Majestad!", gritaron los soldados en respuesta.

"¡Eso es!" gritó la Reina. "¿Sabes jugar al croquet?"

Los soldados guardaron silencio y miraron a Alicia, ya que la pregunta iba evidentemente dirigida a ella.

"¡Sí!", gritó Alicia.

"¡Vamos, entonces!" rugió la Reina, y Alicia se unió a la procesión, preguntándose mucho qué pasaría a continuación.

"Es un día muy bueno", dijo una tímida voz a su lado. Caminaba junto al Conejo Blanco, que le miraba ansiosamente a la cara.

"Muy", dijo Alicia: "¿dónde está la duquesa?".

"¡Silencio! ¡Silencio!", dijo el Conejo en un tono bajo y apresurado. Miró ansiosamente por encima de su hombro mientras hablaba, y luego se puso de puntillas, acercó la boca a su oído y susurró: "Está condenada a muerte".

"¿Para qué?", dijo Alicia.

"¿Has dicho "qué pena"?", preguntó el Conejo.

"No, no lo hice", dijo Alicia: "No creo que sea en absoluto una pena. Dije "¿Para qué?"

"Ella encajonó las orejas de la Reina-" comenzó el Conejo. Alicia dio un pequeño grito de risa. "¡Oh, silencio!", susurró el Conejo en un tono asustado. "¡La Reina te va a oír! Ya ves que llegó bastante tarde, y la Reina dijo..."

"¡A sus puestos!", gritó la Reina con voz de trueno, y la gente empezó a correr en todas direcciones, dando tumbos unos contra otros: sin embargo, se acomodaron en un minuto o dos, y el juego comenzó.



Alicia pensó que nunca había visto un campo de croquet tan curioso en su vida: era todo crestas y surcos; las bolas de croquet eran erizos vivos, y las mazas flamencos vivos, y los soldados tenían que doblarse y ponerse de pie y de manos para hacer los arcos.

La principal dificultad que encontró Alicia al principio fue la de manejar su flamenco: consiguió meterle el cuerpo, bastante cómodamente, bajo el brazo, con las patas colgando, pero generalmente, justo cuando le había enderezado bien el cuello y le iba a dar un golpe con la cabeza al erizo, éste se retorcía y la miraba a la cara, con una expresión tan desconcertada que no podía evitar soltar una carcajada: Y cuando bajaba la cabeza e iba a empezar de nuevo, era muy provocador ver que el erizo se había desenrollado y estaba arrastrándose: además de todo esto, generalmente había una cresta o un surco en el camino hacia donde ella quería enviar al erizo, y como los soldados doblados siempre se levantaban y caminaban hacia otras partes del terreno, Alicia pronto llegó a la conclusión de que era un juego muy difícil.

Los jugadores jugaron todos a la vez, sin esperar turnos, discutiendo todo el tiempo y luchando por los erizos; y en muy poco tiempo la Reina se puso furiosa, y anduvo dando pisotones y gritando: "¡Fuera la cabeza de él!" o "¡Fuera la cabeza de ella!" una vez por minuto.

Alicia comenzó a sentirse muy inquieta: a decir verdad, todavía no había tenido ninguna disputa con la Reina, pero sabía que podría ocurrir en cualquier momento, "y entonces", pensó, "¿qué sería de mí ? Aquí son terriblemente aficionados a decapitar a la gente; ¡la gran maravilla es que quede alguien vivo!"

Estaba buscando alguna forma de escapar, y preguntándose si podría huir sin ser vista, cuando notó una curiosa apariencia en el aire: al principio la desconcertó mucho, pero después de observarla uno o dos minutos, se dio cuenta de que era una sonrisa, y se dijo a sí misma: "Es el Gato de Cheshire: ahora tendré alguien con quien hablar".

"¿Cómo te va?", dijo el Gato, en cuanto tuvo boca suficiente para hablar.

Alicia esperó a que aparecieran los ojos, y entonces asintió. "Es inútil hablarle", pensó, "hasta que aparezcan las orejas, o al menos una de ellas". Al cabo de un minuto apareció toda la cabeza, y entonces Alicia dejó su flamenco y comenzó a relatar el juego, sintiéndose muy contenta de tener a alguien que la escuchara.El Gato pareció pensar que ya había suficiente a la vista, y no apareció más

"No creo que jueguen con justicia -comenzó Alicia, en tono de queja-, y todos se pelean tan terriblemente que uno no puede oírse hablar, y no parecen tener ninguna regla en particular; Al menos, si las hay, nadie las respeta, y no tienes idea de lo confuso que es que todas las cosas estén vivas; por ejemplo, está el arco que tengo que atravesar después de caminar por el otro extremo del terreno, y debería haberle dado un croquet al erizo de la Reina, ¡sólo que se escapó cuando vio venir el mío!"

"¿Qué te parece la Reina?", dijo el Gato en voz baja.

"En absoluto", dijo Alicia: "es tan sumamente...". En ese momento se dio cuenta de que la Reina la seguía de cerca, escuchando: así que continuó: "-es tan probable que gane, que casi no vale la pena terminar el juego".

La Reina sonrió y siguió adelante.

"¿Con quién *estás* hablando?" dijo el Rey, acercándose a Alicia, y mirando la cabeza del Gato con gran curiosidad.

"Es un amigo mío, un Gato de Cheshire", dijo Alicia: "permíteme que te lo presente".

"No me gusta nada su aspecto", dijo el Rey: "Sin embargo, puede besar mi mano si quiere".

"Preferiría no hacerlo", comentó el Gato.

"No seas impertinente", dijo el Rey, "¡y no me mires así!" Se puso detrás de Alicia mientras hablaba.

"Un gato puede mirar a un rey", dijo Alicia. "Lo he leído en algún libro, pero no recuerdo dónde".

"Bueno, hay que quitarlo", dijo el Rey muy decidido, y llamó a la Reina, que pasaba en ese momento, "¡Querida! Me gustaría que hicieras desaparecer este gato".

La Reina sólo tenía una manera de resolver todas las dificultades, grandes o pequeñas. "¡Cuidado con su cabeza!", dijo, sin siquiera mirar a su alrededor.

"Yo mismo traeré al verdugo", dijo el Rey con entusiasmo, y se apresuró a salir.

Alicia pensó que podría volver a ver cómo seguía el juego, ya que escuchó la voz de la Reina en la distancia, gritando con pasión. Ya la había oído sentenciar a tres de los jugadores a ser ejecutados por haber perdido sus turnos, y no le gustaba nada el aspecto de las cosas, ya que el juego estaba en tal confusión que nunca sabía si era su turno o no. Así que se fue en busca de su erizo.

El erizo estaba enfrascado en una pelea con otro erizo, lo que le pareció a Alicia una excelente oportunidad para jugar a la croqueta con uno de ellos: la única dificultad era que su flamenco se había ido al otro lado del jardín, donde Alicia podía ver que intentaba, de forma impotente, subir a un árbol.

hubo atrapado al flamenco y lo trajo de vuelta, la pelea había terminado, y ambos erizos estaban fuera de la vista: “pero no importa mucho", pensó Alicia, "ya que todos los arcos han desaparecido de este lado del terreno".

Así que lo guardó bajo el brazo, para que no volviera a escaparse, y volvió a conversar un poco más con su amiga.

Cuando regresó al Gato de Cheshire, se sorprendió al encontrar una gran multitud reunida a su alrededor: había una disputa entre el verdugo, el Rey y la Reina, que hablaban a la vez, mientras todos los demás estaban en silencio y parecían muy incómodos.

En el momento en que apareció Alicia, los tres la llamaron para que resolviera la cuestión, y le repitieron sus argumentos, aunque, como todos hablaban a la vez, a ella le resultaba muy difícil entender exactamente lo que decían.

El argumento del verdugo fue que no se podía cortar una cabeza si no había un cuerpo del que cortarla: que nunca había tenido que hacer algo así, y que no iba a empezar en *su momento* de vida.



El argumento del Rey era que todo lo que tenía cabeza podía ser decapitado, y que no había que decir tonterías.

El argumento de la Reina fue que, si no se hacía algo al respecto en menos de un tiempo, mandaría ejecutar a todo el mundo. Fue este último comentario el que hizo que toda la fiesta pareciera tan grave y ansiosa

A Alicia no se le ocurrió otra cosa que decir: "Pertenece a la duquesa: será mejor que le preguntes a *ella*".

"Está en prisión", dijo la Reina al verdugo: "tráela aquí". Y el verdugo salió como una flecha.

La cabeza del Gato comenzó a desvanecerse en el momento en que él se fue, y, cuando regresó con la Duquesa, había desaparecido por completo; así que el Rey y el verdugo corrieron desenfrenadamente de un lado a otro buscándola, mientras el resto del grupo volvía al juego.

CAPÍTULO IX.

LA HISTORIA DE LA TORTUGA FALSA.

"No te imaginas cuánto me alegro de volver a verte, vieja y querida . "dijo la duquesa, mientras estrechaba cariñosamente su brazo con el de Alicia y se alejaban juntas.

Alicia se alegró mucho de encontrarla de tan buen humor, y pensó para sus adentros que tal vez sólo la pimienta la había vuelto tan salvaje cuando se encontraron en la cocina.

Cuando sea duquesa", se dijo a sí misma (aunque no en un tono muy esperanzador), "no tendré *nada* de pimienta en mi cocina.La sopa se hace muy bien sin ella. Tal vez sea siempre la pimienta lo que pone a la gente de mal genio -continuó, muy satisfecha de haber descubierto una nueva regla-, y el vinagre lo que la pone de mal genio, y la manzanilla lo que la pone de mal genio, y el azúcar de cebada y otras cosas que ponen a los niños de mal genio. Me gustaría que la gente *lo* supiera*:* entonces no serían tan tacaños, ya sabes..."

Ya se había olvidado de la Duquesa, y se sobresaltó un poco cuando oyó su voz cerca de su oído. "Estás pensando en algo, querida, y eso hace que te olvides de hablar. No puedo decirte ahora mismo cuál es la moraleja de eso, pero lo recordaré dentro de un rato".

"Tal vez no lo tenga", se aventuró a comentar Alicia.

"¡Tut, tut, niña!" dijo la Duquesa. "Todo tiene una moraleja, si es que sabes encontrarla". Y se apretó más al lado de Alicia mientras hablaba.



A Alicia no le gustaba mucho que se mantuviera tan cerca a ella: primero, porque la Duquesa era muy fea, y segundo, porque tenía la altura exacta para apoyar su barbilla en el hombro de Alicia, y era una barbilla incómodamente afilada. Sin embargo, no le gustaba ser grosera, así que lo soportó como pudo.

"El juego va bastante mejor ahora", dijo, a modo de mantener un poco la conversación.

"Así es", dijo la Duquesa: "y la moraleja de eso es: "¡Oh, es el amor, es el amor, lo que hace girar al mundo!"

"Alguien dijo", susurró Alicia, "que lo hace todo el mundo ocupándose de sus asuntos".

"¡Ah, bueno! Significa más o menos lo mismo", dijo la duquesa, clavando su aguda barbilla en el hombro de Alicia mientras añadía, "y *la* moraleja es: 'Cuida el sentido, y los sonidos se cuidarán solos'".

"¡Cómo le gusta encontrar moralejas en las cosas!" pensó Alicia para sí misma.

"Me atrevo a decir que se pregunta por qué no le paso el brazo por la cintura", dijo la duquesa tras una pausa: "La razón es que tengo dudas sobre el temperamento de tu flamenca. ¿Intento el experimento?"

"Podría morder", contestó Alicia con cautela, sin sentirse en absoluto ansiosa por probar el experimento.

"Muy cierto", dijo la duquesa: "los flamencos y la mostaza muerden. Y la moraleja es: "Los pájaros del mismo palo se juntan".

"Sólo que la mostaza no es un pájaro", comentó Alicia.

"Bien, como siempre", dijo la duquesa: "¡qué manera tan clara tienes de plantear las cosas!".

"Es un mineral, *creo*", dijo Alicia.

"Por supuesto que lo es", dijo la duquesa, que parecía estar de acuerdo con todo lo que decía Alicia; "hay una gran mina de mostaza cerca de aquí. Y la moraleja es: "Cuanto más hay de lo mío, menos hay de lo tuyo".

"¡Oh, ya sé!", exclamó Alicia, que no había atendido a esta última observación, "es un vegetal. No lo parece, pero lo es".

"Estoy muy de acuerdo contigo", dijo la Duquesa, "y la moraleja de eso es: 'Sé lo que parezcas ser' -o, si quieres decirlo de forma más sencilla- 'Nunca te imagines que no eres de otra manera que lo que podría parecer a los demás que lo que eras o podrías haber sido no era de otra manera que lo que habías sido les habría parecido de otra manera'".

"Creo que lo entendería mejor", dijo Alicia muy amablemente, "si lo tuviera escrito: pero no puedo seguirlo del todo tal y como lo dices".

"Eso no es nada de lo que podría decir si quisiera", contestó la Duquesa, en tono complaciente.

"Te ruego que no te molestes en decirlo más que eso", dijo Alicia.

"¡Oh, no hables de problemas!" dijo la Duquesa. "Te hago un regalo de todo lo que he dicho hasta ahora".

"¡Una especie de regalo barato!", pensó Alicia. "¡Me alegro de que no den regalos de cumpleaños así!" Pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

"¿Pensando de nuevo?", preguntó la Duquesa, con otra excavación de su afilada barbilla.

"Tengo derecho a pensar", dijo Alicia bruscamente, pues empezaba a sentirse un poco preocupada.

"Tanto derecho", dijo la Duquesa, "como el que tienen los cerdos a volar: y el m-"

Pero aquí, para gran sorpresa de Alicia, la voz de la Duquesa se apagó, incluso en medio de su palabra favorita "moral", y el brazo que estaba unido al suyo comenzó a temblar. Alicia levantó la vista, y allí estaba la Reina frente a ellas, con los brazos cruzados, frunciendo el ceño como una tormenta.

"¡Un buen día, Majestad!", comenzó la duquesa con voz baja y débil.

"Ahora, te doy un aviso justo", gritó la Reina, dando un pisotón en el suelo mientras hablaba; "¡o tú o tu cabeza debe ser cortada, y eso en medio tiempo! Escoge tu opción".

La duquesa tomó su decisión y se fue en un momento.

"Sigamos con el juego", dijo la Reina a Alicia; y ésta, demasiado asustada para decir una palabra, la siguió lentamente hasta el campo de croquet.

Los demás invitados habían aprovechado la ausencia de la Reina, y estaban descansando a la sombra: sin embargo, en cuanto la vieron, se apresuraron a volver al juego, la Reina se limitó a comentar que un momento de retraso les costaría la vida.

Durante todo el tiempo que estuvieron jugando, la Reina no dejó de discutir con los otros jugadores, y de gritar "¡Que le corten la cabeza!" o "¡Que le corten la cabeza!".Aquellos a los que sentenció fueron puestos bajo custodia por los soldados, que, por supuesto, tuvieron que dejar de ser arcos para hacerlo, de modo que al cabo de una media hora más o menos no quedaban arcos, y todos los jugadores, excepto el Rey, la Reina y Alicia, estaban detenidos y bajo sentencia de ejecución

Entonces, la Reina se alejó, bastante sin aliento, y le dijo a Alicia: "¿Has visto ya a la Falsa Tortuga?".

"No", dijo Alicia. "Ni siquiera sé lo que es una Falsa Tortuga".

"Es la cosa con la que se hace la sopa de tortuga falsa", dijo la Reina.

"Nunca he visto uno, ni he oído hablar de él", dijo Alicia.

"Vamos, entonces", dijo la Reina, "y te contará su historia".

Mientras se alejaban juntos, Alicia oyó al Rey decir en voz baja, a la compañía en general: "Estáis todos perdonados". "¡Venga, *qué* bien!", se dijo a sí misma, pues se había sentido bastante desgraciada por el número de ejecuciones que la Reina había ordenado.



Pronto se encontraron con un grifo que estaba dormido al sol. (Si no sabéis lo que es un grifo, mirad el dibujo.) "¡Levántate, perezoso!", dijo la Reina, "y lleva a esta joven a ver a la Falsa Tortuga, y a escuchar su historia. Tengo que volver a ver algunas ejecuciones que he ordenado", y se marchó, dejando a Alicia sola con el Grifo. Alicia no le gustó mucho el aspecto de la criatura, pero en general pensó que sería tanseguro quedarse con ella como ir en busca de esa reina salvaje: así que esperó

El Grifo se sentó y se frotó los ojos: luego observó a la Reina hasta que se perdió de vista: entonces se rió. "¡Qué divertido!", dijo el Grifo, medio para sí mismo, medio para Alicia.

"¿Cuál *es* la diversión?", dijo Alicia.

"Vaya, *ella*", dijo el Grifo. "Es toda su fantasía, eso: nunca ejecutan a nadie, ya sabes. ¡Vamos!"

"Aquí todo el mundo dice "¡vamos!", pensó Alicia, mientras iba lentamente tras él: "Nunca antes me habían dado tantas órdenes, en toda mi vida, ¡nunca!"

No habían ido muy lejos antes de ver a la Falsa Tortuga en la distancia, sentada triste y solitaria en un pequeño saliente de la roca, y, a medida que se acercaban, Alicia podía oírlo suspirar como si su corazón fuera a

romperse. Se compadeció profundamente de él. "¿Qué es lo que le duele?", le preguntó al Grifo, y éste le respondió, casi con las mismas palabras que antes: "Es todo fantasía, eso: no tiene ninguna pena, sabes. Vamos".

Entonces se acercaron a la Falsa Tortuga, que los miró con grandes ojos llenos de lágrimas, pero no dijo nada.

"Esta joven", dijo el Grifo, "quiere conocer su historia".

"Yo se lo contaré", dijo la Falsa Tortuga en un tono profundo y hueco: "Sentaos los dos, y no habléis ni una palabra hasta que yo haya terminado".

Así que se sentaron, y nadie habló durante algunos minutos. Alicia pensó para sí misma: "No veo cómo *puede* terminar, si no empieza". Pero esperó pacientemente.

"Una vez", dijo por fin la Falsa Tortuga, con un profundo suspiro, "fui una Tortuga de verdad".

Estas palabras fueron seguidas por un largo silencio, interrumpido sólo por una exclamación ocasional de "¡Hjckrrh!" del Grifo, y el constante y pesado sollozo de la Falsa Tortuga. Alicia estuvo a punto de levantarse y decir: "Gracias, señor, por su interesante historia", pero no pudo evitar pensar que *debía haber* más, así que se quedó quieta y no dijo nada.



Cuando éramos pequeños -continuó por fin la Falsa Tortuga, más tranquila, aunque seguía sollozando un poco de vez en cuando-, íbamos a la escuela en el mar. El maestro era una vieja tortuga, a la que llamábamos Tortuga".

"¿Por qué le llamaste Tortuga, si no lo era?" preguntó Alicia.

"Le llamamos Tortuga, porque nos enseñó", dijo enojada la Falsa Tortuga; "¡realmente eres muy aburrida!".

"Deberías avergonzarte de haber hecho una pregunta tan sencilla", añadió el Grifo, y luego ambos se quedaron en silencio mirando a la pobre Alicia, que se sentía a punto de hundirse en la tierra. Por fin, el grifo le dijo a la tortuga: "¡Conduce, viejo amigo! No te quedes todo el día con eso", y continuó con estas palabras:

"Sí, fuimos a la escuela en el mar, aunque no lo creas..."

"¡Nunca dije que no lo hiciera!" interrumpió Alicia.

"Lo hiciste", dijo la Falsa Tortuga.

"¡Cállate!", añadió el Grifo, antes de que Alicia pudiera volver a hablar. La Falsa Tortuga continuó.

"Tuvimos la mejor de las educaciones -de hecho, fuimos a la escuela todos los días-".

"*Yo* también he ido a una escuela diurna", dijo Alicia; "no hace falta que seas tan orgullosa".

"¿Con extras?" preguntó la Falsa Tortuga un poco ansiosa.

"Sí", dijo Alicia, "aprendimos francés y música".

"¿Y el lavado?", dijo la Falsa Tortuga.

"¡Claro que no!", dijo Alicia indignada.

"¡Ah! Entonces la suya no era una escuela realmente buena", dijo la Falsa Tortuga en un tono de gran alivio. "Ahora en *la nuestra* tenían al final de la cuenta, 'Francés, música *y lavado-extra*'".

"No podías desearlo mucho", dijo Alicia: "vivir en el fondo del mar".

"No podía permitirme aprenderlo", dijo la Falsa Tortuga con un suspiro. "Sólo hice el curso normal".

"¿Qué fue eso?", preguntó Alicia.

"Retorciéndose y retorciéndose, por supuesto, para empezar", respondió la Falsa Tortuga: "y luego las diferentes ramas de la Aritmética -Ambición, Distracción, Uglificación y Burla".

"Nunca he oído hablar de la 'Uglificación'", se aventuró a decir Alicia. "¿Qué es?"

El grifo levantó las dos patas con sorpresa. "¡Nunca he oído hablar de embellecer!", exclamó. "¿Sabes lo que es embellecer, supongo?"

"Sí", dijo Alicia, dudosa: "significa-hacer-cualquier-cosa-más-precisa".

"Pues bien", continuó el Grifo, "si no sabes lo que es uglificar, eres un simplón".

Alicia no se animó a hacer más preguntas al respecto, así que se dirigió a la Falsa Tortuga y le dijo: "¿Qué más tenías que aprender?".

"Bueno, había Misterio", respondió la Falsa Tortuga, contando los temas en sus aletas, "Misterio, antiguo y moderno, con Seaografía: luego Dibujo-el maestro de Dibujo era un viejo congrio, que solía venir una vez a la semana: nos enseñó Dibujo, Estiramiento y Desmayo en Bobinas".

"¿Cómo fue *eso*?", dijo Alicia.

"Bueno, yo mismo no puedo mostrárselo", dijo la Falsa Tortuga: "Estoy demasiado tiesa. Y el Grifo nunca lo aprendió".

"No tuve tiempo", dijo el Grifo: "Sin embargo, fui a ver al maestro clásico. Era un viejo cangrejo".

"Nunca fui a él", dijo la Falsa Tortuga con un suspiro: "él enseñaba la Risa y la Pena, decían".

"Así es, así es", dijo el Grifo, suspirando a su vez, y ambas criaturas escondieron sus rostros en sus patas.

"¿Y cuántas horas al día dabais clases?", dijo Alicia, apurada por cambiar de tema.

"Diez horas el primer día", dijo la Falsa Tortuga: "nueve el siguiente, y así sucesivamente".

"¡Qué curioso plan!", exclamó Alicia.

"Esa es la razón por la que se llaman lecciones", comentó el Grifo: "porque disminuyen de día en día".

Esta era una idea bastante nueva para Alicia lo pensó un poco antes de hacer su siguiente comentario. "Entonces, ¿el undécimo día debe haber sido festivo?"

"Por supuesto que sí", dijo la Falsa Tortuga.

"¿Y cómo te las arreglaste el día 12?" continuó Alicia con entusiasmo.

"Ya está bien de lecciones", interrumpió el Grifo en un tono muy decidido: "cuéntale ahora algo sobre los juegos".

CAPÍTULO X.

LA CUADRILLA DE LANGOSTAS.

LA Falsa Tortuga suspiró profundamente y se pasó el dorso de una aleta por los ojos. Miró a Alicia y trató de hablar, pero durante uno o dos minutos los sollozos le ahogaron la voz. "Lo mismo que si tuviera un hueso en la garganta", dijo el Grifo, y se puso a trabajar sacudiéndolo y golpeándolo en la espalda. Por fin, la Falsa Tortuga recuperó la voz y, con lágrimas en las mejillas, volvió a decir

Puede que no hayas vivido mucho bajo el mar-" ("No lo he hecho", dijo Alicia) - "y quizás ni siquiera te hayan presentado nunca una langosta-" (Alicia empezó a decir "una vez la probé-" pero se controló apresuradamente, y dijo: "No, nunca") - "¡así que no puedes tener ni idea de lo deliciosa que es una langosta-cuadrilla!"

"No, en efecto", dijo Alicia. "¿Qué clase de baile es?"

"Por qué", dijo el Grifo, "primero forman una línea a lo largo de la orilla del mar..."

"¡Dos líneas!", gritó la Falsa Tortuga. "Focas, tortugas, salmones, etc.; luego, cuando hayas quitado todas las medusas del camino..."

"*Eso* suele llevar algún tiempo", interrumpió el Grifo.

"-Avanzas dos veces-"

"¡Cada uno con una langosta como pareja!", gritó el Grifo.

"Por supuesto", dijo la Falsa Tortuga: "avanza dos veces, ponte en pareja..."

"-Cambiar las langostas, y retirarse en el mismo orden", continuó el Grifo.

"Entonces, ya sabes", continuó la Falsa Tortuga, "tiras el..."

"¡Las langostas!", gritó el Grifo, con un salto en el aire.

"-tan lejos del mar como puedas-"

"¡Nada tras ellos!", gritó el Grifo.

"¡Da una voltereta en el mar!", gritó la Falsa Tortuga, haciendo cabriolas.

"¡Cambia de nuevo las langostas!", gritó el Grifo a todo pulmón.

"De nuevo a tierra, y... esa es toda la primera cifra", dijo la Falsa Tortuga, bajando repentinamente la voz; y las dos criaturas, que habían estado saltando como locas todo este tiempo, se sentaron de nuevo muy tristes y tranquilas, y miraron a Alicia.

"Debe ser un baile muy bonito", dijo Alicia tímidamente.

"¿Quieres ver un poco?", dijo la Falsa Tortuga.

"Mucho", dijo Alicia.

"¡Venga, vamos a probar la primera figura!", dijo la Falsa Tortuga al Grifo. "Podemos hacerlo sin langostas, ya sabes. ¿Cuál cantará?"



"Oh, tú cantas", dijo el Grifo. "He olvidado la letra".

Así que empezaron a bailar solemnemente alrededor de Alicia, pisándole de vez en cuando los dedos de los pies cuando pasaban demasiado cerca, y agitando las patas delanteras para marcar el tiempo, mientras la Falsa Tortuga cantaba esto, muy lenta y tristemente:-.

"¿Quieres caminar un poco más deprisa?", le dijo una pescadilla a un caracol,
"Hay una marsopa cerca de nosotros, y me está pisando la cola.
Mira con qué entusiasmo avanzan las langostas y las tortugas.
Están esperando en la orilla; ¿quieres venir y unirte al baile?
no quieres, unir,

¡No te puedes hacer una idea de lo delicioso
cuando nos suban y nos lancen, con las langostas, al mar!"
Pero el caracol respondió: "¡Demasiado lejos, demasiado lejos!" y lanzó

una mirada de recelo-
Dijo que agradecía amablemente a la pescadilla, pero que no se uniría al baile.
no pudo, no quiso, no.

"¿Qué importa lo lejos que vayamos?", respondió su escamoso amigo,
"Hay otra orilla, sabes, al otro lado.
Cuanto más lejos de Inglaterra, más cerca está de Francia-
Entonces no te pongas pálido, amado caracol, sino ven y únete al baile.
no quieres, unirte al baile?"

"Gracias, es un baile muy interesante de ver", dijo Alicia, sintiéndose muy contenta de que por fin hubiera terminado: "¡Y me gusta tanto esa curiosa canción sobre la pescadilla!"

"Oh, en cuanto a las pescadillas", dijo la Falsa Tortuga, "las has visto, por supuesto".

"Sí", dijo Alicia, "los he visto a menudo en la cena...", se frenó apresuradamente.

"No sé dónde puede estar Dinn", dijo la Falsa Tortuga, "pero si los has visto tan a menudo, por supuesto que sabes cómo son".

"Creo que sí", respondió Alicia pensativa."Tienen la cola en la boca; y están por todas las migas".

"Te equivocas con las migas", dijo la Falsa Tortuga: "Las migas se desprenden en el mar. Pero *tienen* la cola en la boca; y la razón es..." aquí la Falsa Tortuga bostezó y cerró los ojos.- "Cuéntale la razón y todo eso", le dijo al Grifo.

"La razón es", dijo el Grifo, "que iban con las langostas al baile. Así que fueron arrojados al mar. Así que tuvieron que caer un largo camino. Así que se les metió la cola en la boca. Así que no pudieron sacarlas de nuevo. Eso es todo".

"Gracias", dijo Alicia, "es muy interesante. Nunca supe tanto sobre la pescadilla".

"Puedo decirte más que eso, si quieres", dijo el Grifo. "¿Sabes por qué se llama pescadilla?"

"Nunca lo había pensado", dijo Alicia. "¿Por qué?"

"*Hace las botas y los zapatos*", contestó el Grifo muy solemnemente.

Alicia estaba completamente desconcertada. "¡Las botas y los zapatos!", repitió en tono de asombro.

"¿Por qué, qué hacen *tus zapatos?*", dijo el Grifo. "Quiero decir, ¿qué los hace tan brillantes?"

Alicia los miró, y consideró un poco antes de dar su respuesta. "Creo que han terminado con el ennegrecimiento".

"Las botas y los zapatos bajo el mar", continuó el Grifo con voz grave, "se hacen con pescadilla. Ahora ya lo sabes".

"¿Y de qué están hechos?" preguntó Alicia con un tono de gran curiosidad.

"Suelas y anguilas, por supuesto", respondió el Grifo con bastante impaciencia: "cualquier camarón podría habérselo dicho".

"Si yo hubiera sido la pescadilla", dijo Alicia, cuyos pensamientos seguían corriendo en la canción, "le habría dicho a la marsopa: "¡Atrás, por favor: no *te queremos* con nosotros!"

"Estaban obligados a tenerlo con ellos", dijo la Falsa Tortuga: "ningún pez sabio iría a ninguna parte sin una marsopa".

"¿No sería realmente así?", dijo Alicia en un tono de gran sorpresa.

"Por supuesto que no", dijo la Falsa Tortuga: "por qué, si un pez viniera a *mí* y me dijera que iba a hacer un viaje, yo diría: "¿Con qué marsopa?".

"¿No querrás decir 'propósito'?", dijo Alicia.

"Quiero decir lo que digo", respondió la Falsa Tortuga en tono ofendido. Y el Grifo añadió: "Ven, escuchemos algunas de *tus* aventuras".

"Podría contarte mis aventuras, empezando por esta mañana", dijo Alicia un poco tímidamente: "pero es inútil volver a ayer, porque entonces era una persona diferente".

"Explica todo eso", dijo la Falsa Tortuga.

"¡No, no! las aventuras primero", dijo el Grifo en tono impaciente: "las explicaciones llevan un tiempo espantoso".

Entonces Alicia comenzó a contarles sus aventuras desde que vio por primera vez al Conejo Blanco: al principio estaba un poco nerviosa, ya que las dos criaturas se acercaban tanto a ella, una a cada lado, y abrían *tanto* los ojos y la boca, pero fue ganando valor a medida que avanzaba. Sus oyentes se quedaron perfectamente callados hasta que llegó a la parte en la que repetía a la Oruga "*Eres viejo, padre Guillermo*", y las palabras eran todas diferentes, y entonces la Falsa Tortuga dio un largo suspiro y dijo: "Eso es muy curioso".

"Es todo lo curioso que puede ser", dijo el Grifo.

"¡Todo fue diferente!", repitió pensativa la Falsa Tortuga. "Me gustaría oírla intentar repetir algo ahora. Dile que empiece". Miró al Grifo como si pensara que tenía algún tipo de autoridad sobre Alicia.

y repite ''*Es la voz del perezoso*',dijo el Grifo.



"Cómo las criaturas le ordenan a uno, y hacen una repetición de las lecciones", pensó Alicia, "y más vale que vaya a la escuela de una vez". Sin embargo, se levantó y empezó a repetirlo, pero tenía la cabeza tan llena de la cuadrilla de la langosta que apenas sabía lo que decía, y las palabras le salían muy raras

"'*Es la voz de la langosta; le oí declarar,*
'*Me has cocido demasiado marrón, debo azucarar mi pelo*'.
Como un pato con sus párpados, así él con su nariz
Recorta su cinturón y sus botones, y saca los dedos del pie

"Eso es diferente de lo *que* solía decir cuando era un niño", dijo el Grifo.

"Bueno, nunca lo había oído", dijo la Falsa Tortuga; "pero parece una tontería poco común".

Alicia no dijo nada: se había vuelto a sentar con la cara entre las manos, preguntándose si alguna *vez* volvería a ocurrir algo de forma natural.

"Me gustaría que me lo explicaran", dijo la Falsa Tortuga.

"Ella no puede explicarlo", dijo el Grifo apresuradamente. "Continúa con el siguiente verso".

"Pero, ¿y los dedos de los pies?", insistió la Falsa Tortuga. "¿Cómo *podría* sacarlos con su nariz, sabes?"

"Es la primera posición en el baile", dijo Alicia; pero estaba terriblemente desconcertada por todo el asunto, y anhelaba cambiar de tema.

"Sigue con el siguiente verso", repitió impaciente el Grifo: Comienza '*por su jardín*'".

Alicia no se atrevió a desobedecer, aunque estaba segura de que todo saldría mal, y prosiguió con voz temblorosa:-

por su jardín, y marqué, con un ojo,
Cómo el búho y la ostra estaban compartiendo un pastel-

"¿De qué *sirve* repetir todo eso", interrumpió la Falsa Tortuga, "si no lo explicas a medida que avanzas? Es, con mucho, lo más confuso *que* he oído nunca".

"Sí, creo que será mejor que te vayas", dijo el Grifo, y Alicia lo hizo con mucho gusto.

"¿Intentamos otra figura de la Cuadrilla de la Langosta?", continuó el Grifo. "¿O quieres que la Falsa Tortuga te cante una canción?"

"Oh, una canción, por favor, si la Falsa Tortuga es tan amable", respondió Alicia, con tanto entusiasmo que el Grifo dijo, en un tono bastante ofendido, "¡Hm! Sobre gustos no hay nada escrito. Cántale"*Sopa de tortuga*", ¿quieres, viejo amigo?"

La Falsa Tortuga suspiró profundamente, y comenzó, con una voz a veces ahogada por los sollozos, a cantar esto:-

Hermosa sopa, tan rica y verde,
¡Esperando en una sopera caliente!
¿Quién no se inclinaría por tales manjares?
¡Sopa de la tarde, hermosa sopa!
¡Sopa de la tarde, hermosa sopa!
¡Beau-ootiful Soo-oop!
¡Beau-ootiful Soo-oop
Soo-oop de la e-noche.
¡Hermosa

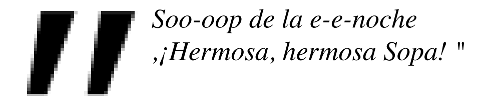
¡Hermosa sopa! ¿A quién le importa el pescado,
Juego, o cualquier otro plato?
¿Quién no daría todo lo demás por dos pennyworth
¿Pennyworth
¡Beau-ootiful Soo-oop!
¡Beau-ootiful Soo-oop
Soo-oop de la e-e-noche,

¡Belleza,

"¡Otra vez el coro!", gritó el Grifo, y la Falsa Tortuga acababa de empezar a repetirlo, cuando se oyó a lo lejos un grito de "¡Comienza el juicio!".

"¡Vamos!", gritó el Grifo, y, tomando a Alicia de la mano, se apresuró a salir, sin esperar el final de la canción.

"¿Qué prueba es?" Alicia jadeó mientras corría; pero el Grifo sólo respondió "¡Vamos!" y corrió más rápido, mientras llegaban cada vez más débilmente, llevadas por la brisa que los seguía, las melancólicas palabras:-



Soo-oop de la e-e-noche
,¡Hermosa, hermosa Sopa! "

CAPÍTULO XI.

¿QUIÉN ROBÓ LAS TARTAS?

El Rey y la Reina de Corazones estaban sentados en su trono cuando llegaron, con una gran multitud reunida a su alrededor: toda clase de pajaritos y bestias, así como toda la baraja; el Bribón estaba de pie ante ellos, encadenado, con un soldado a cada lado para vigilarlo; y cerca del Rey estaba el Conejo Blanco, con una trompeta en una mano y un rollo de pergamino en la otra.centro de la sala había una mesa con un gran plato de tartas de . Tenían tan buen aspecto que a Alicia le daba mucha hambre mirarlas Pero no parecía haber ninguna posibilidad de hacerlo, así que se puso a mirar todo lo que había a su alrededor, para pasar el tiempo.

Alicia nunca había estado en un tribunal de justicia, pero había leído sobre ellos en los libros, y se alegró bastante al comprobar que conocía el nombre de casi todo lo que había allí. "Ese es el juez", se dijo, "por su gran peluca".

El juez, por cierto, era el Rey; y como llevaba su corona sobre la peluca, (mirad el frontispicio si queréis ver cómo lo hacía) no parecía nada cómodo, y desde luego no le favorecía.

Y ésa es la caja del jurado", pensó Alicia, "y esas doce criaturas" (se vio obligada a decir "criaturas", porque algunas de ellas eran animales y otras eran pájaros), "supongo que son los jurados". Dijo esta última palabra dos o tres veces para sí misma, sintiéndose bastante orgullosa de ella, pues pensaba, y con razón, que muy pocas niñas de su edad conocían su significado. Sin embargo, "jurados" habría servido igualmente.

Los doce miembros del jurado estaban escribiendo muy afanosamente en pizarras. "¿Qué están haciendo?" susurró Alicia al Grifo. "No pueden tener nada que escribir todavía, antes de que el juicio haya comenzado".

"Están anotando sus nombres", susurró el Grifo en respuesta, "por temor a que los olviden antes del final del juicio".

"¡Cosas estúpidas!" comenzó Alicia con voz indignada, pero se detuvo apresuradamente, pues el Conejo Blanco gritó: "¡Silencio en la corte!" y el Rey se puso los anteojos y miró ansiosamente a su alrededor, para ver quién hablaba.

Alicia pudo ver, como si estuviera mirando por encima de sus hombros, que todos los miembros del jurado estaban en sus pizarras "¡estúpidos!", e incluso pudo ver que uno de ellos no sabía cómo se escribía "estúpido", y que tuvo que pedirle a su vecino que se lo dijera. "¡Qué bien van a quedar sus pizarras antes de que termine el juicio!", pensó Alicia.

Uno de los miembros del jurado tenía un lápiz que chirriaba. Esto, por supuesto, Alicia *no* podía soportarlo, y dio la vuelta al tribunal y se puso detrás de él, y muy pronto encontró la oportunidad de quitárselo. Lo hizo tan rápidamente que el pobre miembro del jurado (era Bill, el lagarto) no pudo saber qué había pasado con él; así que, después de buscarlo por todas partes, se vio obligado a escribir con un dedo durante el resto del día; y esto sirvió de muy poco, ya que no dejó ninguna marca en la pizarra.

"¡Heraldo, lee la acusación!", dijo el Rey.

Al oír esto, el Conejo Blanco dio tres toques de trompeta, desenrolló el pergamino y leyó lo siguiente



"*La Reina de Corazones, hizo unas tartas*
Todo en un día de verano:
El Bribón de Corazones, robó esas tartas
¡Y se las llevó, bien lejos!

"Consideren su veredicto", dijo el Rey al jurado.

"¡Todavía no, todavía no!", se apresuró a interrumpir el Conejo. "¡Hay mucho que hacer antes de eso!"

"Llama al primer testigo", dijo el Rey; y el Conejo Blanco tocó tres veces la trompeta y gritó: "¡Primer testigo!".

El primer testigo fue el Sombrerero. Entró con una taza de té en una mano y un trozo de pan con mantequilla en la otra. "Le ruego que me disculpe, Majestad", comenzó, "por traer esto: pero no había terminado mi té cuando me llamaron".

"Deberías haber terminado", dijo el Rey. "¿Cuándo empezaste?"

El Sombrerero miró a la Liebre de Marzo, que le había seguido hasta el patio, del brazo del Lirón. "Catorce de marzo, *creo que* fue", dijo.

"El 15", dijo la Liebre de Marzo.

"Decimosexto", añadió el Lirón.

"Anotadlo", dijo el Rey al jurado, y el jurado anotó con entusiasmo las tres fechas de en sus pizarras, y luego las sumó, y redujo la respuesta a chelines y peniques

"Quítate el sombrero", le dijo el Rey al Sombrerero.

"No es mío", dijo el Sombrerero.

"*¡Robado!* ", exclamó el Rey, dirigiéndose al jurado, que al instante hizo un acta del hecho.

"Los guardo para venderlos", añadió el Sombrerero como explicación: "No tengo ninguno propio. Soy un sombrerero".

Aquí la Reina se puso las gafas y empezó a mirar fijamente al Sombrerero, que se puso pálido y se removió.

"Da tu testimonio", dijo el Rey; "y no te pongas nervioso, o haré que te ejecuten en el acto".

Esto no pareció animar en absoluto al testigo: no dejaba de moverse de un pie a otro, mirando con inquietud a la Reina, y en su confusión mordió un gran trozo de su taza de té en lugar del pan con mantequilla.

Justo en ese momento Alicia sintió una sensación muy curiosa, que la desconcertó bastante hasta que comprendió lo que era: estaba empezando a

crecer de nuevo, y al principio pensó que se levantaría y abandonaría el patio; pero al pensarlo mejor decidió quedarse donde estaba mientras hubiera espacio para ella.

"Me gustaría que no apretaras tanto", dijo el Lirón, que estaba sentado a su lado. "Apenas puedo respirar".

"No puedo evitarlo", dijo Alicia muy dócilmente: "Estoy creciendo".

"No tienes derecho a crecer *aquí*", dijo el Lirón.

"No digas tonterías", dijo Alicia con más audacia: "sabes que tú también estás creciendo".

"Sí, *pero* crezco a un ritmo razonable", dijo el Lirón: "no de esa manera tan ridícula". Y se levantó muy enfurruñado y cruzó al otro lado de la pista.



Durante todo este tiempo la Reina no había dejado de mirar al Sombrerero, y, justo cuando el Lirón cruzó el patio, dijo a uno de los oficiales:

"¡Tráeme la lista de los cantantes del último concierto!" ante lo cual el desdichado Sombrerero tembló tanto, que se sacudió los dos zapatos.

"Presenta tus pruebas", repitió el Rey con enfado, "o haré que te ejecuten, estés nervioso o no".

"Soy un pobre hombre, su Majestad", comenzó el Sombrerero con voz temblorosa, "y no había comenzado mi té, no más de una semana, y con lo que el pan y la mantequilla se están adelgazando, y el tintineo del té..."

"¿El parpadeo de *qué?* ", dijo el Rey.

"*Comenzó* con el té", respondió el Sombrerero.

"¡Claro que el parpadeo empieza por T!", dijo bruscamente el Rey. "¿Me tomas por un burro? Sigue!"

"Soy un hombre pobre", continuó el Sombrerero, "y la mayoría de las cosas parpadearon después de eso, sólo la Liebre de Marzo dijo..."

"¡No lo hice!", interrumpió la Liebre de Marzo con mucha prisa.

"¡Lo hiciste!", dijo el Sombrerero.

"¡Lo niego!", dijo la Liebre de Marzo.

"Lo niega", dijo el Rey: "deja de lado esa parte".

"Bueno, en todo caso, el Lirón dijo..." continuó el Sombrerero, mirando ansiosamente a su alrededor para ver si lo negaba también: pero el Lirón no negó nada, pues estaba profundamente dormido.

"Después de eso", continuó el Sombrerero, "corté un poco más de pan y mantequilla..."

"¿Pero qué dijo el Lirón?", preguntó uno de los miembros del jurado.

"Eso no lo recuerdo", dijo el Sombrerero.

"*Debes* recordarlo", comentó el Rey, "o haré que te ejecuten".

El miserable Sombrerero dejó caer su taza de té y su pan con mantequilla, y se arrodilló. "Soy un pobre hombre, su Majestad", comenzó.

"Eres un *orador muy* pobre", dijo el Rey.

En este punto, uno de los conejillos de indias se animó, y fue inmediatamente reprimido por los oficiales de la corte. (Como es una palabra bastante dura, me limitaré a explicarles cómo se hizo. Tenían una gran bolsa de lona, que se ataba en la boca con cuerdas: en ella deslizaban el conejillo de Indias, con la cabeza por delante, y luego se sentaban sobre él).

"Me alegro de haber visto cómo se hace eso", pensó Alicia. "He leído tantas veces en los periódicos, al final de los juicios, 'Hubo algún intento de aplauso, que fue inmediatamente reprimido por los oficiales del tribunal', y nunca entendí lo que significaba hasta ahora".

"Si eso es todo lo que sabes al respecto, puedes retirarte", continuó el Rey.

"No puedo bajar más", dijo el Sombrerero: "Ya estoy en el suelo".

"Entonces puedes *sentarte*", respondió el Rey.

Aquí el otro conejillo de indias se animó, y fue reprimido.



"¡Venga, eso acaba con los conejillos de indias!", pensó Alicia. "Ahora nos irá mejor".

"Prefiero terminar mi té", dijo el Sombrerero, con una mirada ansiosa a la Reina, que estaba leyendo la lista de cantantes.

"Puedes irte", dijo el Rey, y el Sombrerero se apresuró a salir de la corte, sin esperar siquiera a ponerse los zapatos.

~~"—y~~ sacarle la cabeza fuera",añadió la Reina a uno de los oficiales; pero el Sombrerero se perdió de vista antes de que el oficial pudiera llegar a la puerta

"¡Llama al siguiente testigo!", dijo el Rey.

La siguiente testigo fue la cocinera de la duquesa. Llevaba la caja de pimienta en la mano, y Alicia adivinó de quién se trataba, incluso antes de entrar en la sala, por la forma en que la gente cercana a la puerta empezó a estornudar a la vez.

"Dad vuestras pruebas", dijo el Rey.

"No", dijo el cocinero.

El Rey miró ansiosamente al Conejo Blanco, que dijo en voz baja. "Su Majestad debe interrogar a *este* testigo".

"Bueno, si tengo que hacerlo, tengo que hacerlo", dijo el Rey con aire melancólico, y, tras cruzar los brazos y fruncir el ceño hacia el cocinero hasta casi perder de vista sus ojos, dijo con voz grave: "¿De qué están hechas las tartas?".

"Pimienta, sobre todo", dijo el cocinero.

"Melaza", dijo una voz somnolienta detrás de ella.

"¡Cuelga a ese Lirón!", gritó la Reina. "¡Decapiten a ese Lirón! ¡Sacad a ese Lirón de la corte! ¡Suprimidlo! ¡Pínchalo! Fuera sus bigotes!"

Durante algunos minutos, toda la corte estuvo en confusión, sacando al Lirón, y, para cuando se calmaron de nuevo, el cocinero había desaparecido.

"¡No importa!" dijo el Rey, con un aire de gran alivio. "Llama al siguiente testigo". Y añadió en un tono bajo a la Reina: "Realmente, querida, debes interrogar al siguiente testigo. Hace que me duela la frente".

Alicia observó al Conejo Blanco mientras tanteaba la lista, sintiendo mucha curiosidad por ver cómo sería el siguiente testigo, "-pues *aún no* tienen muchas pruebas", se dijo. Imagínese su sorpresa, cuando el Conejo Blanco leyó en voz alta, con su vocecita chillona, el nombre de "¡Alicia!".

CAPÍTULO XII.

LAS PRUEBAS DE ALICIA.

"¡AQUÍ!", gritó Alicia, olvidando en el ajetreo del momento lo grande que había crecido en los últimos minutos, y se levantó de un salto con tanta prisa que volcó la caja del jurado con el borde de su falda, volcando a todos los miembros del jurado sobre las cabezas de la multitud de abajo, y allí quedaron desparramados, recordándole mucho a un globo de peces de oro que había volcado accidentalmente la semana anterior.

"¡Oh, perdón!", exclamó en un tono de gran consternación, y comenzó a recogerlos de nuevo tan rápido como pudo, pues el accidente de los peces dorados le daba vueltas en la cabeza y tenía la vaga idea de que había que recogerlos de inmediato y devolverlos a la caja del jurado, o morirían.



El juicio no puede proseguir -dijo el rey con voz muy grave- hasta que todos los miembros del jurado vuelvan a ocupar sus puestos... todos-repitió con gran énfasis, mirando fijamente a Alicia mientras lo decía-.

Alicia miró la caja del jurado y vio que, con las prisas, había metido la lagartija con la cabeza hacia abajo, y la pobre criatura agitaba la cola de forma melancólica, sin poder moverse. Pronto lo sacó de nuevo y lo puso en su sitio; "no es que signifique mucho", se dijo, "creo que sería tan útil en el juicio de una forma como de otra".

En cuanto el jurado se recuperó un poco de la conmoción que le causó el disgusto, y se le devolvieron las pizarras y los lápices, se pusieron a trabajar con gran diligencia para escribir la historia del accidente, todos menos el Lagarto, que parecía demasiado superado para hacer otra cosa que sentarse con la boca abierta, mirando hacia el techo del tribunal.

"¿Qué sabes de este asunto?", le dijo el Rey a Alicia.

"Nada", dijo Alicia.

"¿Nada *en absoluto?* ", insistió el Rey.

"Nada en absoluto", dijo Alicia.

"Eso es muy importante", dijo el Rey, dirigiéndose al jurado. Estaban empezando a anotarlo en sus pizarras, cuando el Conejo Blanco interrumpió: "*Poco importante*, quiere decir su Majestad, por supuesto", dijo en un tono muy respetuoso, pero frunciendo el ceño y haciéndole muecas mientras hablaba.

"*Sin importancia*, por supuesto, quise decir", se apresuró a decir el Rey, y continuó para sí mismo en voz baja, "importante-importante-importante-importante...", como si estuviera probando qué palabra sonaba mejor.

Algunos del jurado lo anotaron como "importante" y otros como "sin importancia". Alicia pudo comprobarlo, ya que estaba lo suficientemente

cerca como para mirar sus pizarras; "pero no importa nada", pensó para sí misma.

En ese momento, el Rey, que llevaba un rato escribiendo afanosamente en su cuaderno, gritó "¡Silencio!" y leyó en su libro: "Regla cuarenta y dos. *Todas las personas de más de una milla de altura deben abandonar la corte*".

Todos miraron a Alicia.

"No estoy a una milla de altura", dijo Alicia.

"Lo eres", dijo el Rey.

"Casi dos millas de altura", añadió la Reina.

"Bueno, en todo caso no iré", dijo Alicia; "además, esa no es una regla regular: tú la inventaste hace un momento".

"Es la regla más antigua del libro", dijo el Rey.

"Entonces debería ser el número uno", dijo Alicia. El Rey se puso pálido y cerró su cuaderno apresuradamente.

"Consideren su veredicto", dijo al jurado, con voz baja y temblorosa.

"Todavía hay más pruebas, por favor, Majestad", dijo el Conejo Blanco, saltando con mucha prisa; "este papel acaba de ser recogido".

"¿Qué contiene?", dijo la Reina.

"Todavía no la he abierto", dijo el Conejo Blanco, "pero parece ser una carta, escrita por el prisionero para alguien".

"Debe haber sido eso", dijo el Rey, "a menos que se haya escrito a nadie, lo que no es habitual, ya sabes".

"¿A quién va dirigido?", dijo uno de los miembros del jurado.

"No está dirigida en absoluto", dijo el Conejo Blanco; "de hecho, no hay nada escrito en el *exterior*". Desplegó el papel mientras hablaba, y añadió: "No es una carta después de todo: es un conjunto de versos".

"¿Son de puño y letra del preso?", preguntó otro de los miembros del jurado.

"No, no lo son", dijo el Conejo Blanco, "y eso es lo más extraño". (Todos los miembros del jurado parecían desconcertados).

"Debe haber imitado la mano de otra persona", dijo el Rey. (Todo el jurado se animó de nuevo).

"Por favor, Majestad", dijo el Bribón, "yo no lo escribí, y no pueden probar que lo hice: no hay ningún nombre firmado al final".

"Si no lo firmaste", dijo el Rey, "eso sólo empeora el asunto. *Debes* haber querido hacer alguna travesura, o de lo contrario habrías firmado como un hombre honesto".

Esto provocó un aplauso generalizado: era la primera cosa realmente inteligente que el Rey había dicho ese día.

"Eso *demuestra* su culpabilidad", dijo la Reina.

"¡No prueba nada de eso!" dijo Alicia. "¡Por qué, ni siquiera sabes de qué se trata!"

"Léelos", dijo el Rey.

El Conejo Blanco se puso las gafas. "¿Por dónde empiezo, por favor, Majestad?", preguntó.

"Empieza por el principio", dijo el Rey, con gravedad, "y sigue hasta que llegues al final: entonces detente".

Estos fueron los versos que leyó el Conejo Blanco:-

"*Me dijeron que has estado con ella*
Y me mencionó con él:
Me dio un buen carácter,
Pero dijo que no sabía nadar

Les mandó decir que no me había ido
(Sabemos que es cierto):
Si ella siguiera adelante con el asunto,
¿Qué sería de ti

Yo le di uno, ellos le dieron dos,
Tú nos diste tres o más;
Todos volvieron de él a ti,
Aunque antes eran míos

Si yo o ella
envueltos en este asunto,
Confía en ti para liberarlos,
Exactamente como nosotros

Mi idea era que usted había sido
(Antes de que ella tuviera este ataque)
Un obstáculo que se interpuso entre
Él, y nosotros, y ella

No dejes que sepa que le gustaban más.
Porque esto debe ser siempre
Un secreto, guardado de todos los demás,
Entre tú y yo

"Esa es la prueba más importante que hemos escuchado hasta ahora", dijo el Rey, frotándose las manos; "así que ahora que el jurado...".

"Si alguno de ellos puede explicarlo", dijo Alicia, (había crecido tanto en los últimos minutos que no temía interrumpirlo), "le daré seis peniques. No creo que tenga ni un átomo de sentido".

Todos los miembros del jurado anotaron en sus pizarras: "No cree que haya un átomo de significado en él", pero ninguno de ellos intentó explicar el papel

"Si no tienen ningún significado -dijo el Rey-, eso nos ahorra un mundo de problemas, ya que no tenemos que tratar de encontrar ninguno. Y, sin embargo, no sé -continuó, extendiendo los versos sobre su rodilla y

mirándolos con un ojo-, me parece que veo algún significado en ellos, después de todo. "-Dijo *que no sabía nadar*-" No sabes nadar, ¿verdad?", añadió, volviéndose hacia el Bribón.

El bribón sacudió la cabeza con tristeza. "¿Lo parezco?", dijo. (Que ciertamente no lo parecía, ya que estaba hecho completamente de cartón).

"Muy bien, hasta aquí", dijo el Rey, y siguió murmurando sobre los versos para sí mismo: "'*Sabemos que es verdad*' -es el jurado, por supuesto-'*Yo le di una, ellos le dieron dos*' -por qué, eso debe ser lo que hizo con las tartas, ya sabes-"

"Pero sigue '*todos volvieron de él a ti*'", dijo Alicia.



"¡Vaya, ahí están!", dijo el Rey triunfalmente, señalando las tartas sobre la mesa. "Nada puede ser más claro que *eso*.otra parte, "*antes de que le diera este ataque*", tú nunca has tenido ataques, querida, creo", le dijo a la Reina.

"¡Nunca!", dijo furiosa la Reina, lanzando un tintero al Lagarto mientras hablaba. (El desafortunado pequeño Bill había dejado de escribir en su pizarra con un dedo al encontrarla hecha

ninguna marca; pero ahora se apresuró a empezar de nuevo, utilizando la tinta, que se escurría por su cara, mientras duraba).

"Entonces las palabras no te *convienen*", dijo el Rey, mirando a la corte con una sonrisa. Hubo un silencio sepulcral.

"¡Es un juego de palabras!", añadió el Rey en tono enfadado, y todos se rieron. "Dejemos que el jurado considere su veredicto", dijo el Rey, por vigésima vez ese día.

"¡No, no!" dijo la Reina. "Sentencia primero, veredicto después".

"¡Tonterías y tonterías!", dijo Alicia en voz alta. "¡La idea de tener la sentencia primero!"

"¡Cállate!", dijo la Reina, poniéndose morada.

"¡No lo haré!" dijo Alicia.

"¡Que le corten la cabeza!", gritó la Reina con toda su voz. Nadie se movió.

"¿A quién le importas?", dijo Alicia, (para entonces ya había crecido hasta su tamaño completo) "¡No eres más que una baraja!".



Al oír esto, toda la manada se elevó en el aire y cayó volando sobre ella; ella lanzó un pequeño grito, mitad de miedo y mitad de rabia, y trató de quitárselos de encima, y se encontró tumbada en la orilla, con la cabeza en el regazo de su hermana, que le estaba quitando suavemente algunas hojas muertas que habían caído de los árboles sobre su cara

"¡Despierta, Alicia querida!", dijo su hermana; "¡por qué, qué largo sueño has tenido!".

"He tenido un sueño muy curioso", dijo Alicia, y le contó a su hermana, tan bien como pudo recordarlo, todas esas extrañas aventuras suyas que acabas de leer; y cuando terminó, su hermana la besó y le dijo: "*Ha sido* un sueño curioso, querida, ciertamente; pero ahora vete a tomar el té; se hace tarde". Alicia se levantó y salió corriendo, pensando, como no podía ser de otra manera, en lo maravilloso que había sido el sueño.

— — —

Pero su hermana seguía sentada tal como la había dejado, apoyando la cabeza en la mano, mirando el sol poniente y pensando en la pequeña Alicia y en todas sus maravillosas aventuras, hasta que ella también empezó a soñar, y éste fue su sueño

En primer lugar, soñó con la propia Alicia, y una vez más las pequeñas manos estaban apretadas sobre su rodilla, y los ojos brillantes y ansiosos miraban hacia los suyos; podía oír los tonos de su voz, y ver ese extraño movimiento de su cabeza para contener el pelo errante *que* siempre se metía en sus ojos, y mientras escuchaba, o parecía escuchar, todo el lugar a su alrededor se llenaba de vida con las extrañas criaturas del sueño de su hermanita.

La larga hierba crujía a sus pies cuando el Conejo Blanco pasaba a toda prisa; el asustado Ratón chapoteaba en el estanque vecino; podía oír el traqueteo de las tazas de té mientras la Liebre de Marzo y sus amigos compartían su interminable comida, y la estridente voz de la Reina ordenando la ejecución de sus desafortunados invitados; una vez más, el bebé cerdo estornudaba sobre las rodillas de la Duquesa, mientras los platos y la vajilla chocaban a su alrededor; una vez más el chillido del Grifo, el chirrido del lápiz de pizarra del Lagarto y el ahogo de los conejillos de indias reprimidos, llenaban el aire, mezclado con el lejano sollozo de la miserable Falsa Tortuga.

Así que se sentó, con los ojos cerrados, y medio se creyó en el País de las Maravillas, aunque sabía que sólo tenía que abrirlos de nuevo y todo cambiaría a la aburrida realidad: la hierba sería sólo un susurro en el viento, y el estanque ondulante a la agitación de las cañas; las tazas de té traqueteantes cambiarían a las campanas de oveja tintineantes, estridentes gritos de la Reina se convertirían en la voz del pastorcillo de , y el estornudo del bebé, el chillido del Grifo y todos los demás ruidos extraños se convertirían (ella lo sabía) en el confuso clamor del ajetreado patio de la granja, mientras que el mugido del ganado en la distancia sustituiría a los pesados sollozos de la Falsa Tortuga.

Por último, se imaginaba cómo esta misma hermanita sería, en el futuro, una mujer adulta; y cómo conservaría, a lo largo de todos sus años, el corazón sencillo y cariñoso de su infancia; y cómo reuniría a sus otros hijos pequeños, y haría que *sus* ojos brillaran y se entusiasmaran con muchos cuentos extraños, tal vez incluso con el sueño del País de las Maravillas de antaño; y cómo se sentiría con todas sus sencillas penas, y encontraría un placer en todas sus sencillas alegrías, recordando su propia vida de niña, y los felices días de verano.

EL FIN.

¿QUIÉN ROBÓ LAS TARTAS? LAS PRUEBAS DE ALICIA.

HITOS